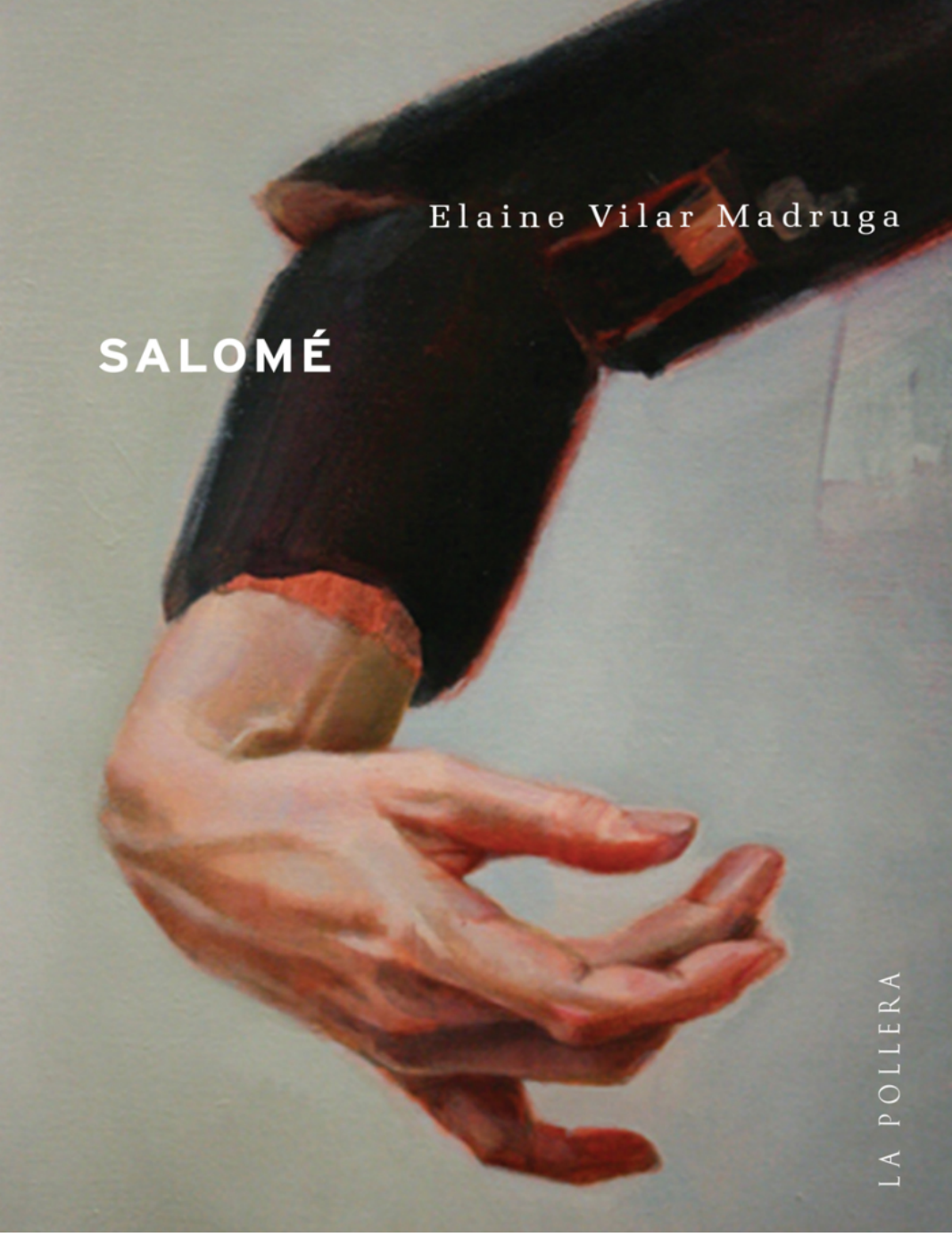
Elaine Vilar Madruga
SALOMÉ
LA POLLERA

SALOMÉ

ELAINE VILAR MADRUGA

© 2017 de la obra por ELAINE VILAR MADRUGA
© 2018 de la primera edición en Chile LA POLLERA EDICIONES
© 2013 de la primera edición en Cuba CASA EDITORIAL ABRIL

Primera edición, La Pollera Ediciones (2018)
ISBN 978-956-9203-62-6
RPI 275.951

Edición: Ergas / Leyton
Diseño: Pablo Martínez
Imagen de portada: detalle de la pintura *Virgen negra* de Daniela Kovacic

LA POLLERA EDICIONES
www.lapollera.cl / ediciones@lapollera.cl

A mamá, con todas las palabras que me faltan.
A mis abuelos, ojos del tiempo.
A Elena y Cindy: mis dos manos.
A mis Maestros, con el silencio.
A Úrsula K. Le Guin y Joan D. Vinge, humildemente.
A Santiago, también mi padre.

“HERODES: Es monstruosa tu hija (…)
En verdad, lo que ha hecho es un crimen contra un Dios desconocido.”

Oscar Wilde

NOTAS DEL DIARIO DE VIAJE DE SILVAN “EL PIRATA” ADUS

Comandante del Carguero “Argos”
Contrabandista.

Día 6 de la cacería de la Madre:

Fui yo, y nadie más, quien pudo accionar el máser y lanzar sobre aquella criatura -¡que los Dioses me hagan olvidar su rostro!- la carga de la muerte.

Entre todos los hombres de mi grupo, solo yo había escuchado las leyendas que se cuentan en los puertos de Vilda acerca de la suerte de aquellos que ven, por un segundo siquiera, la cara de una Madre.

Pero el saber no fue suficiente. No para mí.

Ella estaba agazapada entre los árboles-lágrima del planeta. Huía de nosotros, supongo. Llevábamos persiguiéndola sin descanso durante más de seis días. Estaba escondida, pero aun así alcancé a verla -mi maldita suerte- y a fijar en la memoria algunos de sus rasgos. El máser entre mis manos tembló tanto que estuve a punto de errar el tiro. Pero no. Los dioses de la cacería estaban conmigo esa tarde, y la Madre cayó sin un grito entre los árboles. Su precioso rostro de bestia se deshizo en cien pedazos imposibles de recomponer ni siquiera con la clonotopía que el más arriesgado de mis técnicos se atreviese a intentar.

La vi muerta y sentí remordimiento, un dolor en las entrañas que era igual a la mordida del Mal de Nake al podrirte los órganos. Solo la había visto viva un segundo, pero aquel segundo bastó para que me sintiera el peor de los asesinos, la criatura más inmunda que ha surcado los cielos desde los tiempos del Gran Desglose.

Mis hombres temblaban como niños entre los matorrales. Los más jóvenes se mordían los labios hasta hacerse horribles marcas de sangre; los veteranos me miraban con ojos incrédulos: no podían entender mi crimen, aun cuando sabían que ERA NECESARIO.

El miedo me paralizó. Aquellos seres que me observaban, como

tigres dispuestos a caer sobre el cuello de un recién nacido, habían dejado de ser mis hombres… Y pensar que apenas unas horas antes confiaba a ellos mi sangre y mi suerte. Les grité, les ordené avanzar en fila compacta hacia la cueva donde la Madre guardaba su camada de huevos.

Solo recibí un silencio hostil como respuesta.

"En cualquier momento, una docena de disparos me convertirán en trozos de carne y mierda", recuerdo que pensé entonces, mientras les repetía la orden con una vocecita de espantapájaros que había dejado de pertenecerme.

Pero aquel no era el día de mi muerte.

Por todos los dioses, no lo era.

Mis hombres volvieron a mirarme con ojos pacíficos. Como si hubieran despertado de un sueño, de la pesadilla más profunda. Un grito de victoria salió desgarrado de la garganta de uno de ellos: "¡Tenemos a la Madre! ¡Tenemos a la Madre!", y luego todos corearon aquella oración como si fuera un mantra sagrado al cual debían aferrarse con uñas y dientes si querían salvar la vida y la cordura.

Y posiblemente fuera cierto.

Entramos en la cueva.

Oscuridad. Sonido de agua, no demasiado lejos.

"¡Que nadie haga luz!", grité de repente, recordando la leyenda que tantas veces había escuchado en los puertos: las Madres no soportan la claridad. Sus capullos se pudren como cáscaras secas si la más mínima luz llega a tocarlos. Yo no quería que nuestra cacería fuera en vano. No después de las muertes de Niven y Clara, los segundos al mando de la Argos. No después de verlos secarse como si fueran hojas de árboles en solo una noche y un día, consumidos por una enfermedad sin nombre. Todavía recuerdo sus gritos. Como si estuvieran clavados en mis oídos. Ninguno de los míos -ni siquiera los más viejos veteranos que conocían los mapas del Imperio como la palma de sus propias manos- había escuchado de una peste que momificara un cuerpo vivo hasta convertirlo en jirones de cuero pegados al hueso.

Quizás fueron sus muertes las que me impulsaron a accionar el gatillo contra la criatura.

El motivo más antiguo de todos.

La venganza.

A pesar de la oscuridad, no tardamos en localizar el Nido. Los seudoapéndices táctiles insertados en mis botas suplieron mi ceguera momentánea. Sentí los cambios sobre la roca porosa de la cueva: textura de hierba -musgo rojo, tal vez-, y los residuos aún perceptibles de la saliva de la Madre.

Ese rastro fue el que seguimos hasta encontrar la exacta localización del Nido.

Estaba oculto en el rincón más húmedo de la cueva, en un sitio donde ni la luz más insignificante se atrevía a entrar. Era un amasijo de hierbas y secreciones.

Asqueroso, pensé.

Luego advertí la presencia de los huevos.

Eran quince en total. Los tanteé. Tres estaban perforados, completamente inservibles. No fue necesario que introdujera mis manos para saber que los fetos eran solo trozos de carne muerta.

Pero el resto de la camada estaba ileso, y la cubierta de piel de los huevos vibraba con una energía que pronto saldría a la luz.

Hice un cálculo rápido: ocho millones de megacréditos por cada uno. Un pasaje de ida sin vuelta, para mí y para mis hombres, al viaje de lujo de la vida.

Con cuidado, colocamos los huevos en receptáculos de vidrio blindado que habían sido forjados con el único fin de proteger a la camada durante la travesía de regreso al Imperio.

Y retornamos.

Este ha sido nuestro primer y último viaje por aquel mundo de sabanas y bosques infinitos donde viven las Madres. Nada ni nadie me podrá obligar a volver allí. Ni por todos los créditos de la galaxia.

No. No es por temor al bloqueo espacial que la nube de asteroides que rodea a este planeta perdido le impone a las pocas naves que se aventuran a saltar en sus límites. Ni siquiera me importa la prohibición de los cartógrafos que han omitido este mundo de sus mapas durante milenios, condenándolo a un olvido eterno. Yo, en su lugar, habría hecho lo mismo. Lo borraría no solo de las cartas de navegación del universo, sino también -si pudiera- de las lenguas y las mentes de los hombres que buscan aquí el Edén prohibido de sus padres.

La verdad es que tengo miedo de volver.

Miedo de perder mi alma y mi mente con solo mirar el rostro de otra de las tantas Madres que corren por los bosques de este mundo, y atraviesan desnudas los ríos con sus sonrisas venturosas, más allá del bien y el mal. No quiero terminar loco y suicida, ni momificado como Niven y Clara, ni que mis ojos tengan por un segundo el brillo asesino que hoy percibí en el de mis hombres.

Que todo esto permanezca en el olvido.

Así sea de hoy en adelante.

Cuando la Argos se alce de esta tierra y yo me vea a salvo con mi carga, daré gracias a los dioses de la vida y de la muerte por dejarme de este lado de la realidad.

Doce huevos: una camada única.

Soy un hombre bendecido. Bendecido y rico.

Una vez que pueda librarme de estos huevos seré también un hombre feliz.

Por ahora me conformo. Solo rezo porque la Argos me sea fiel y regrese pronto a casa. Que me lleve de vuelta a los brazos de las putas y a la cerveza amarga de los puertos. Que sus motores de salto no me fallen ni una vez… Porque si las nuevas criaturas que aún duermen en los huevos como insectos sin vida llegaran a nacer a bordo de mi nave, entonces adiós a todo: putas, cervezas, créditos. Me veré obligado a abrir los ojos y contemplarlas en toda su belleza de bestias salvajes. La Argos no tiene tanto espacio como para escapar. Tendré que verlas. Frente a frente. Sin los árboles como escudo. Desnudas. Y tan hermosas. Presiento que entonces no tendré la fuerza suficiente para accionar el gatillo de un máser contra una de Ellas… ni siquiera sobre mi propia frente.

El suicidio no es el camino… La muerte no es el camino.

Ellas no me lo permitirán.

Yo, Silvan “El Pirata” Adus, tengo miedo.

Mucho miedo.

TAMERÉW

Gran Maese Mercamentista.
Señor de los Gremios en Vilda.

Soy un viejo lobo de los puertos. Poco o nada en esta vida ha de sorprenderme ya. “Demasiados años”, diría mi Primera Esposa con un dejo de desprecio que los años no disfrazarían bajo la máscara de la costumbre. Sean dadas las gracias a los dioses porque su lengua de serpiente duerma el sueño de la putrefacción.

Sí, he vivido mucho.

Pero, a pesar de mis años, nunca había conocido el significado de la belleza absoluta… hasta hoy.

Sabía poco del amor. Mi ley era otra: la de los créditos. Con ellos he sobornado a concejales y comendadores, he roto el bloqueo espacial, he comprado la vida y el placer de las putas más caras… De las más caras, repito, y no de esas piltrafas de carne tatuada que algunos se costean para gozar en las noches, cuando creen que nadie más ve. Al principio, yo hacía lo mismo. Hace ya mucho tiempo. Les pagaba a aquellas moscas humanas cuando las farolas se oscurecían al caer la tarde, y el puerto se convertía en una marea de alimañas, profetas locos y prostitutas.

A esas buscaba yo cuando no era más que un mercamentista de primer nivel, y los créditos poca mierda en mi tarjeta. Qué tiempos aquellos. Qué tiempos. Era la época en que los Maeses del Gremio se atrevían a mirarme con la cabeza en alto, y se reían de mi olor y mi apariencia.

Limpio nunca fui. Tampoco hermoso, pero mis oídos eran tan despiertos como los de una rata. Ahora que soy viejo -y también el más respetado Maese-, sé que los hombres hablan a mis espaldas sobre mi poder terrible: no pueden perdonarme que ocho décadas atrás haya encabezado la protesta que derivó en la Primera Guerra del Gremio en la ciudad de Vilda. Pero esa no es una culpa que me quite el sueño. Al fin y al cabo, no fui el único. Mi idea no era -al menos en el principio- más que los sueños de un joven que, como tantos, deseaba reformas económicas que liberaran del diezmo a los mercamentistas de castas

inferiores.

Hay otras cosas que tampoco van a perdonarme nunca, ni a olvidar.

Por ejemplo, sé que todavía se me acusa por el hecho de que fui el primero en tomar una hoja dalkkar entre las manos y descargarla sobre la cabeza de uno de los Grandes Maeses cuando la paz ya estaba pactada. Es cierto. Los jóvenes mercamentistas que nos habíamos rebelado prometimos muchas cosas, todas imposibles: una calma a medias, un tratado de no agresión, protección para los viejos líderes… la palabrería vacía de los victoriosos.

Pero los proverbios de los dioses dicen que en la guerra todo está permitido.

Así que no esperé a que las víboras ancianas volvieran a levantar sus cabezas con más fuerza que antes y decidí tomar el control. Muchos mercamentistas me siguieron con los ojos inyectados en sangre, ansiosos por la venganza que había tardado más de un siglo en llegar. Con el poder entre mis manos corté cuellos y reventé a patadas a los Grandes Maeses, aun a aquellos que intentaban protegerse en el interior de los templos de Aga-la-de-los-Tres-Senos, Diosa del Intercambio, la Venta y la Prosperidad. Desde entonces me nombraron Tamerέw el Maldito, porque cubrí los atrios del templo con la sangre de los viejos.

Las leyendas han crecido con los años como una peste irrefrenable.

Se cuentan muchas historias sobre aquel día en las calles de los puertos.

Que si en el templo de Aga asesiné a los Maeses con una risa negra de lunático, mientras mis brazos se embarraban hasta el hombro de una pulpa rojiza que me hacía parecer un héroe y a la vez una bestia.

Que si sobre mi cabeza descansaba Sufo, Dios del Caos y la Anarquía.

Que si el rostro de Sufo era idéntico al mío.

Que si arranqué torsos de un solo mordisco.

Lo cierto es que luego, cuando terminé de masacrar a los viejos, ninguno de los mercamentistas se atrevió a disputarme el título de Gran Maese del Gremio.

Desde entonces, no volví a traer a mi lecho a otra de esas putas de carga que pululaban en la ciudad como moscas. Me había aburrido de ellas. Merecía una mejor carne.

Y la tuve.

Niñas vírgenes. Novicias de Aga que cobraban más que las putas por sus servicios. Cada una de ellas valía su peso en oro. Cuando se descubrían sus triples pechos, modificados para imitar la imagen de Aga, no me importaba vivir en el pecado bajo los ojos de los dioses,

sino que me prendía a aquellos pezones como una sanguijuela que chupara de ellos la vida.

Otros placeres tuve y por ellos pagué: efebos lengua-de-serpiente que conocían como nadie el arte de la felación; adolescentes rústicos que bajaban de las montañas del Norte ofreciéndome su cueva oscura para el placer de mi verga, y a los cuales pagaba con monedas roñosas -y no créditos-, puesto que así lo querían para pagar en Vilda una carrera militar.

Yo amaba todo lo que era joven, y mi predilección eran los niños.

Porque eran inocentes, y pecaban con tanto miedo que mi placer era doble.

Por ellos llegué a pagar cifras que hoy -ya anciano- me hacen cerrar los ojos para no pensar en lo perdido.

También tuve una Esposa, que al principio me pareció la más bella. Creo que incluso llegué a amarla, a pesar de su imposibilidad para darme hijos y sus ojos de serpiente fría. La sentía escabullirse de mi lado a media noche para llorar por lo que creía una vida miserable. Sus padres -mercamentistas que habían perdido todo su poder en la Guerra, excepto el que traía la belleza de su hija silenciosa- me la habían ofrecido como Segunda Esposa o Primera Concubina cuando no era más que una púber.

Ella había jurado ser suicida si la obligaban a casarse con El Maldito.

Pero sus protestas y sus juramentos se hicieron polvo ante la realidad.

Fue mía.

Y la amé. Como un enfermo. Quería comer de su juventud y su belleza, tanto que la hice mi Primera Esposa. No una de las tantas concubinas que a un Maese se le permite tener, sino la Única de mis mujeres. La amé incluso cuando ya me había entregado su virginidad en un sollozo rojo. La amé después de que pasaran los años y cambiara su cuerpo de niñita.

Primero fueron los vellos en las axilas, el sudor amargo. Luego, los pechos comenzaron a crecerle como una carga maldita hasta que se hizo -del día a la noche- mujer.

Eso pude perdonárselo, porque no era su culpa.

Eran los años, inexorables, así que continué acudiendo a su lecho casi todas las noches para hacerle compartir mi deseo.

Hubiera sido feliz si ella me hubiese amado.

Pero era fría, seca como un árbol de raíces podridas. Le eché en cara su esterilidad, su incapacidad para darme hijos que aumentaran mi gloria y mi familia. Pero la perra me dijo que era yo el estéril, el odiado por los dioses por mis tratos con Sufo; yo, la bestia incapaz de

dar prole. La golpeé como nunca antes, hasta que escupió los dientes en un único buche de sangre, y la escuché llorar mientras pronunciaba algunas sílabas que no pude entender.

Estoy seguro de que entonces me maldijo ya que, después de aquella noche, nunca más pude engendrar en hembra alguna mi semilla, a pesar de que lo intenté tantas veces.

Algún embrujo pronunciado por sus labios debió secar mi raíz.

Desde entonces, mi Esposa me odió más que nunca.

Y yo, lo que era amor lo transformé en indiferencia y rabia. Seguía acudiendo a su lecho cada tarde, como de costumbre, pero lo hacía para verla llorar cuando creía que no la observaba. Mi posesión le causaba tanto dolor… Nunca supo que mi verga se endurecía al verla sacudirse en la cama como una loba enjaulada, cuánto de mi placer le debía a sus rechazos, a su lubricación nula.

Aquella mujer pudo haber logrado mucho de mí, pero nunca quiso.

Deseó ser miserable, por motivos que entonces no sabía o solo sospechaba.

Años después, descubrí que su único hermano había perecido en una de las guerras de mi Gremio. Era uno de los muertos anónimos, uno de los tantos cadáveres que aparecían en las calles de Vilda cubiertos de navajazos. Cuando los padres de aquel chiquillo -y también su hermana, mi Mujer- reclamaron el cuerpo del hijo y el nombre de su asesino para que fuera escupido y maldito en los templos de Aga hasta el fin de los tiempos, a uno de los enterradores se le ocurrió decir mi nombre. Lo pronunciaban a diario: todas las muertes perdidas -todos los muertos sin rostro- me pertenecían. Eran la carga que alimentaba mi leyenda de dios, de asesino y poderoso.

Aquel muchacho masacrado en Vilda fue uno de los cadáveres de nadie. Sus padres me maldijeron en el templo de Aga. También lo hizo mi Esposa, entonces apenas una niña que creció aprendiendo a odiarme mientras se hundía en la miseria que amenazaba a mis oponentes.

En todos los años que vivió a mi lado, nunca tuvo la fuerza para matarse -no ignoraba que de mi caridad y buena voluntad sobrevivía su familia-, pero hizo todo lo posible por alejarse de mí. Fue fría. Dura. Jamás tuvo amante, a pesar de que, miles de veces, le rogué a los dioses porque otro hombre despertara en ella alguna vida.

Ninguno pudo.

Su única venganza fue morirse joven. No lo lamenté: ya entonces no la amaba. Había encontrado nuevas cosas que satisfacían mis sueños.

Todo en mí era odio, rabia, y deseos de efebos y novicias.

Murió sola, alejada en su cuarto, puesto que así lo quiso. Las

fiebres terrosas la arrastraron al abismo, con más rapidez que la mordida de un cáncer.

No supe llorarla.

Aún no he aprendido.

Con los años, he llegado incluso a preguntarme si alguna vez la amé de verdad, si aquel sentimiento no fue un espejismo que construyó mi cerebro para crear a un Tamerëw distinto por completo a este que soy y he sido siempre.

Creo, ciertamente, que no pude haberla amado.

Ni a ella, ni a nadie más.

Pero hoy…

Hoy…

Quizás sean los años los que hacen estragos no solo en mi cuerpo, sino también en mi corazón. Ante mis ojos han pasado las más hermosas criaturas de este planeta, y no pocas de la galaxia que los contrabandistas han traído desde lejos para satisfacerme. Pero nunca… nunca antes algo así.

Vino en la nave Argos, de un tal capitán Silver, cuyo nombre ni siquiera conocía de oídas. El secreto de la carga que traía el pecio en su vientre se corrió a voces por el Puerto hasta llegar a mí, como es lógico, porque tengo oídos y lengua en los sitios que nadie imagina. Había escuchado las leyendas sobre aquellas criaturas que pertenecían a un mundo virgen, pero siempre creí que eran habladurías de veteranos. Y ahora estaban en el Puerto, en mi Puerto, y yo podía poseerlas. Exigí ver a Silver personalmente, y no dejar que uno de los míos hiciera el intercambio de mercancía por crédito.

Era mucho lo que arriesgaba con aquella carga.

Silver acudió.

Era alto y delgado como un perro, y sus ojos estaban malogrados por sombras que indicaban la ausencia de sueño. Posiblemente anémico y muy, muy cansado. Sus ropas eran jirones, casi harapos, y hablaba con incoherencia, enredando las palabras como un hilo. Se veía que no tomaba baño en días, y quizás tampoco alimento.

Tuve que pedirle tres veces que repitiera la misma oración para entenderle:

—El huevo. Los huevos… Han eclosionado.

—¿Cómo es Ella? ¿Él? ¿Eso? —pregunté, con la ansiedad comiéndome las uñas. No deseaba parecer desesperado porque de esa manera no podría hacer un buen negocio, pero no pude evitarlo. Las manos me temblaban tanto o más que a Silver. Solo me tranquilicé cuando descubrí que él estaba en peor estado. Quizás ya estuviera loco.

—Es hermosa.

Entonces, supe que era Hembra y, por primera vez en mucho tiempo, mi carne se endureció ante la idea de aquel placer de belleza que dentro de poco estaría frente a mí.

—¿Tiene nombre?

Silver me miró como a un estúpido.

—¿Acaso debería tener uno? ¿Algo como eso?— fue su respuesta.

—¡Véndemela! —le pedí con palabras que no podían esconder la súplica—. ¡Tiene que ser mía!

—Pero… El huevo… ha eclosionado.

No quería -o no podía- comprender.

—Ya ha nacido —volvió a decirme.

—¿Y eso qué? ¡Véndemela! ¿Cuál es su precio?

Me hubiera arrodillado ante él, limpiado sus botas con mi lengua si aquel era el monto que pedía.

No suelo renunciar a aquello que deseo, y yo la deseaba.

Los ojos de Silver me miraron con terror, como si vieran en mí a un loco o a un inútil que no sabe lo que dice.

—Ni siquiera fue culpa de los motores de salto. ¡La Argos estaba en perfecto estado! ¡Y luego nada! ¡Cero! Nos quedamos varados, a pársecs de distancia de cualquier puerto estelar. Sin comunicaciones. Sin comunicaciones. Sin comunicaciones, ¡mierda! Y allí mismo comenzaron a nacer una a una, y todos mis hombres a mirarlas con esos ojos de enfermos que vi por primera vez en la tierra de la Madre. Ya no importaba comer, beber, ni un carajo. Las deseábamos como si el universo entero estuviera frente a nosotros y Ellas fueran la llave. Entonces, nos volvimos locos.

—¡No me importa!

—¡Tuve que matar a dos!

—¡Véndemela, te lo pido! —la mirada de Silver se reía de mí, que ya comenzaba a arrodillarme con un sonido de huesos viejos.

—¡Y ahora también estás loco tú, Maese Mercamentista!

—¿Cuál es el precio? ¡Todo tiene un precio!

—¡No sé si quiero deshacerme de Ellas! ¡Sí!… ¡Pero no!

—Dijiste que habías matado a dos… ¡Véndeme a esa!

—Les disparé porque no tenía opción: Ellas estaban jugando conmigo. Pero luego me arrepentí, Maese. ¡Dioses, me arrepentí! Y entonces fue el caos. Mis hombres matándose por pasar unas horas en compañía de esas… criaturas. Los máseres que se disparaban en la noche sobre las mandíbulas de mis guardaespaldas, las compuertas de la Argos abiertas por accidentes que nadie vio o quiso ver… Después, intentaron asesinarme a mí. Mis propios hombres. Los de mi Gremio. Gente que yo vi nacer, y a los cuáles les di un espacio en mi nave.

—¡LA QUIERO!

—Ordené la ley marcial, y maté a dos de las Criaturas como escarmiento ante los míos… era la única opción… a ellos solo le importaba la vida de esas y no la suya propia —se llevó las manos a la cabeza y lo escuché sollozar—. ¡Al carajo la ley marcial! ¡Solo los detuvo mi amenaza de continuar asesinándolas!

—Te lo suplico: véndemela… Dime tu precio. Todo tiene un precio.

—¡Todavía me quedan seis vivas en la Argos! ¡Y mis hombres se están amotinando! Los Imperiales me han dado un permiso de ocho horas para permanecer en puerto firme. No sé qué puedo hacer, mierda. Recargar baterías, comida, agua, nada más. Luego tendré que volver allí, y saltar con la Argos y con… con Ellas… a otro sitio. ¡Van a matarnos a todos! ¡No van a parar hasta matarnos a todos!

—Entonces, véndemela. Será una menos a bordo.

Los ojos locos de Silver se iluminaron con un rasgo de cordura.

—Una menos… Y los huevos han eclosionado. Llevo días sin dormir. No quiero volver a la Argos.

Lloraba como un eunuco.

—¡Véndemela! —supliqué—. Ocho mil créditos al contado…

Era una mala paga, lo sabía. Uno solo de esos huevos, aún eclosionado, debería valer el triple, quizás más. Pero yo soy un lobo viejo, y sé aprovechar los momentos escasos de la debilidad ajena.

Aquel era uno.

Silver me miró como se mira a dios.

—¿Ocho mil? —preguntó como quien no puede creer en su suerte.

—Ahora mismo, si lo deseas.

Casi se arrodilla ante mis pies… y pensar que antes fui yo el que casi parece un estúpido haciendo un gesto semejante.

—Gracias, gracias, gracias —balbuceó.

—Haré que mis hombres la busquen ahora —y remarqué aquella última palabra.

No se puede confiar en los locos, y Silver -sin duda alguna- era uno.

Además, si las órdenes del Comendador eran que un pecio contaminado no debía permanecer demasiado tiempo -sólo lo imprescindible- en puerto, yo no era nadie para oponerme. Que se fueran pronto, y me la dejaran de una vez por todas. Una Hembra. Y mía.

—Tengo un motín a bordo… —dijo Silver, con aquel rasgo de cordura que le inundaba los ojos por momentos—. Debo volver. Ahora.

—¿Me la dejas?

—Llévatela, infeliz —luego susurró—: Que los dioses me perdonen.

Aquella misma tarde, la Argos abandonó el puerto, pero antes dejó a una de sus cargas.

A mi Bella.

A la Primera y Única de mis Hembras.

A mi amor.

Me pregunto qué será de Silver y sus hombres, si naufragarán o qué otro tipo de muerte les espera en las estrellas.

Pero esa es una pregunta que no me corresponde hacer.

Ahora la tengo a Ella. Es todo lo que importa.

Cuando la vi, creí imposible que semejante belleza y perfección estuvieran condensadas en un mismo cuerpo. Ciertamente, otros pudieron volverse locos al contemplarla, pero a mí sólo me produce un placer inefable: deseo de hombre viejo, quizás. Quise llorar y arrodillarme ante sus piernas, besarle aquellas manos cubiertas por un plumón sedoso. No lo hice sabe dios por qué, pero me dolió no haberme atrevido. Quizás por eso se me escaparon las lágrimas.

Ella me miró.

Probablemente no entendiera nada.

No se me olvida que es pequeña, casi una recién nacida, aunque ya tiene cuerpo de criatura apetitosa.

La deseo.

Es terrible y placentero tenerla a mi lado, y no atreverme a tocarla.

Ella me mira como si entendiera todo, con una sonrisa que me recuerda a los niños boca-de-serpiente cuando se arrodillaban entre mis piernas y comían de mi raíz. Mueve la cabeza como lo haría un animal inteligente mientras la llamo: —Ven, chiquita, ven. Ven, preciosa, ven.

Se me acerca y deja que yo la cargue sobre mis rodillas de viejo.

Es delgadita, anodina, pero tan hermosa que me parece estar contemplando la misma cara de la diosa Aga. Va casi desnuda, sólo cubierta por ese plumón azul que es como el vello de un recién nacido, y unos trozos de tela que ahora lucen inútiles sobre su piel. Suave, muy suavemente se los arranco. Quiero que comprenda que no voy a lastimarla: sólo tomaré lo que Ella me otorgue.

No quiero que tenga miedo. No quiero que se convierta en mi Primera Esposa, que no supo leer en mí los símbolos del amor. Pero Ella, aunque se le parece en los ojos azules y en los gestos suaves de las manos, no es semejante en nada más. No me teme. Lo sé. Lo sé. Simplemente espera por mí, por este rito de cortejo que estoy improvisando desde mi piel de anciano con la duda de un adolescente. Es curiosa. Sube y baja las manos por todo mi cuerpo. Busca a mi bestia y la atrapa entre los dedos. Sin lascivia, inocente.

—Chiquita… —le digo con un suspiro.

La veo desnuda, sin aquella tela inútil sobre el plumón, y parece aun más hermosa. Agarro entre mis manos que ya tiemblan -no es la edad, no- uno de sus pechos. Parecen tallados en piedra. Quiero besarlos. Rendirles honor. Arrodillarme ante aquellos senos que no son dos, como antes había imaginado o creído ver, sino tres: trinidad perfecta, triplo único, bucle infinito.

—¿Por qué no viniste antes? —le pregunto, pero Ella me mira con los ojos vacíos de quien no ha comprendido mi reclamo.

Pero no importa.

Su boca sí entiende que ha llegado la hora de comer de mi raíz. Su boca sí lo sabe todo: las artes del placer prohibido, las posturas que hasta entonces me parecen imposibles, aunque temo me hagan estallar los huesos y el corazón.

—Quisiera tener más para ofrecerte —le susurro, pensando en mi piel arrugada por la maldición de los años.

No le importa.

Sus ojos me lo dicen, a pesar de que no articula palabra.

Ya le enseñaré a hablar, a decirme sus sílabas de amor en la media lengua de los extranjeros. También aprenderé de Ella y de sus artes, y entregaré -por primera vez- todo.

Creo que me ama.

Sé que la amo.

—Chiquita, no tienes nombre… —me pesa no saber cómo llamarla y bendecirla.

Decido escoger uno.

Un nombre para la Bella. Para mi Bella.

—Salomé… —le digo—. Te llamarás Salomé.

Ella me sonríe, y sigue frotando contra mi raíz el vellón suave de su carne hasta hacerme comprender que soy yo -y no Ella- la criatura.

Yo el bendecido.

Por primera y única vez en mi vida.

Llego al dolor y al placer como quien toca la mano derecha de dios.

Veo que mi carne sigue en su boca, y quiero retribuirle el deseo brindado y poseerla, pero entonces llegan los golpes a la puerta.

Golpes de cuerpos que chocan.

De espadas dalkkar.

Pienso en mis guardaespaldas: doce colosos de hierro que protegen mis viejos huesos día y noche.

Imposible vencerlos…

Sin embargo, lo imposible a veces se hace posible.

La puerta cae.

—En nombre del Comendador —dice un hombre, vestido de escarlata y con unas botas recubiertas de agujas—: Se le ordena al Gran Maese Mercamentista que entregue la carga intercambiada hoy con el pecio Argos.

—¡Han invadido mi hogar! —rujo, intento proteger el cuerpo desnudo de Salomé con los bordes de mi capa, pero Ella saca sus ojos curiosos para ver más.

Y es vista.

—¿Es esa la carga? —pregunta el soldado con una voz que intenta mantener impasible y que, no obstante, tiembla.

Los celos me muerden las entrañas.

Quiero gritar que es mía.

—Pagué por Ella —digo. Es lo único que puedo pronunciar sin escupir mi rabia delatora.

—El Comendador retribuirá con creces lo gastado. Espera su obediencia y comprensión por tantos años de amistad.

—¡Pagué por Ella! —vuelvo a rugir—. ¡Es mía! ¡Ningún hijo de puta va a venir a quitármela en mi propia casa!

—El Comendador espera una cooperación rápida y sin preguntas.

—¡A la mierda el Comendador! —grito. Los ojos de aquel soldado devoran a mi Salomé, que se esconde a duras penas entre los pliegues de la capa—. ¡Mía! ¡Mía y de nadie más!

Me levanto.

Mi falo ofrece un aspecto deplorable de cosa muerta, pero no me importa. Ni siquiera cuando el soldado lo mira con un desprecio que es casi lástima.

—¿Te parezco viejo? —pregunto, con aquella rabia que me hizo tan famoso cuando fue mi tiempo de hacer la Guerra de los Gremios y cortar cabezas.

El soldado retrocede, con el temor encajado entre los párpados. De inmediato, hace un gesto de pedir ayuda a sus hombres, que aguardan en el umbral de mi casa.

Agarro mi espada.

Hace años ya que no la uso como otra cosa que no sea simple decoración.

No importa.

Lo que bien se aprende nunca se olvida.

—Anciano —me escupe las palabras—. Maese… Es orden del Comendador.

—¡En mi casa mando yo! —grito y me arrojo contra él, espada en mano.

Salomé se encoje en el rincón donde ha quedado mi capa abandonada.

El soldado me elude fácilmente. Caigo al suelo y uno de mis huesos -mi cadera, creo- se fractura sin remedio. Esta vez grito de dolor.

—Agarren a la criatura… —la voz del hombre vuelve a fallar. Incluso los gestos de orden le tiemblan, ya no parece tan seguro cada vez que mira a mi Bella. Luego se fija en mí, desnudo y roto como un niño malogrado—: Perdón, Maese. Pero es mi trabajo.

—Pagué por Ella…

—Y será retribuido. Es la palabra del Comendador, y por la palabra del Comendador habla Su Alteza, Sonner II Ilgrim.

—¡No creo en palabra de rey, ni en palabra de hombre alguno! Están profanando la Casa de un Maese…

Pero el soldado me ignora:

—Llévensela de una vez, ¡carajo! —grita ante la demora de sus hombres, que se detienen a contemplar con ojos de amantes la belleza de mi Salomé, todavía arrinconada—. ¡Y vístanla!

Uno de ellos la agarra por el brazo.

Salomé chilla.

Entonces, ya no me importan los huesos quebrados, ni la vejez que me aplasta, ni el sentirme atado de pies y manos como un niño.

Soy un viejo lobo. Maese Tamerέw.

En los puertos me odian y me temen, y me conocen como el Maldito.

Yo arranqué cabezas en el atrio de la diosa Aga, y me cubrí de nombres de muertos que han sembrado mi camino hacia el infierno.

Y hacia allá voy.

No me importa el saber que es una locura.

Desarmado, me arrojo contra el capitán de los soldados.

Soy un viejo lobo.

Los lobos no viven para siempre.

La hoja de la espada dalkkar reluce encajada en el centro de mi vientre.

Mi Bella. Mi Salomé.

Todavía grita cuando los soldados se la llevan, y me dejan solo. Herido. Moribundo.

—Maese, Maese… —el capitán tiembla. Nunca estuvo en sus propósitos el darme muerte. Sabe que mis seguidores querrán vengarme, y será otra vez la guerra. El hambre y la miseria de la guerra—. Maese, perdón.

No digo nada.

No puedo pronunciar una palabra, porque la sombra negra de la

muerte ha venido para dejarme ciego cuando ya había aprendido a amar.

Los aullidos de mi Bella se alejan.

Se va.

Se la llevan.

Entonces, y como nunca antes, soy yo el que llora como un niño.

Yo el que muere, bendecido sin saber cómo.

YAYNE-YW

Eunuco y consejero del Comendador.

Quizás mi única virtud es saber callar a tiempo.

Los dioses me dieron una buena lengua que ha aprendido -con el paso de las décadas- el precio de una palabra a la cual le ha llegado su momento exacto, y su diferencia con una que se adelanta.

Comprender el arte del silencio sabio es cosa difícil, que puede consumir lentamente tu estómago en una úlcera de rabia y desgaste.

Será quizá por eso que mi vientre, noche tras noche, se transforma en una bestia salvaje que me ruje y muerde, reclamándome cuidados que ya no puedo otorgarle. He visitado a curanderos y el pronóstico de todos ha sido el mismo: tengo aún el tiempo suficiente para hacer tantas cosas como me sea posible, pero el dolor aumentará poco a poco, como la dentellada de un animal rabioso, hasta dejarme postrado como un inválido.

Sin embargo, la espera de ese momento no es algo que me quite el sueño.

Otras cosas sí.

Las acciones del Comendador, por ejemplo.

La Guerra que ha estallado en el Gremio de los Mercamentistas también. Es algo que esperábamos todos después de la muerte de Maese Tamerέw: un hombre que era como el cáncer al invadir lentamente un cuerpo sano… La solución más obvia habría sido arrancar ese cáncer con pinzas de curandero, y luego curar la herida con aceites. Sí, la solución más obvia… y también la menos inteligente, porque ese mal que era el Maese Tamerέw ha hecho metástasis en el resto de los órganos sanos del cuerpo metafórico de esta ciudad. Ahora que lo han cortado, las manos invisibles de su muerte se han extendido e invadido todo.

A veces es mejor dejar que lo viejo se pudra a solas, sin contaminar todo a su alrededor.

Aquel fue mi consejo, que susurré como siempre a oídos de Ero Antipas Ilgrim, Comendador y mi señor desde hace cuatro décadas. Lo vi llevarse la mano al entrecejo, y contraer el rostro como un

solipdista que trazara la triangulación matemática del Salto. Otros podrían pensar que Ero vacilaba ante la decisión que debía tomar justo en aquel momento; yo no.

Lo conozco demasiado bien, y ya entonces sabía que todas las decisiones habían sido tomadas mucho antes de pedirme consejo.

Era el deseo de verla el que estaba echando raíces en su cerebro como una cosa salvaje.

Mi Señor sabía que mi consejo era bueno: la ciudad no se encontraba en la posición de poder asumir el caos y la miseria de una nueva guerra civil. Mucho menos si esta era liderada por esos fanáticos sectarios del Gremio de los Mercamentistas, que han llegado a creer que tienen a dios agarrado por las barbas o, peor aún, que su Maese es la mismísima encarnación de alguna divinidad olvidada.

Una buena mierda para mí, pero un problema para Ero: sabe que su posición en la corte de Sonner II Ilgrim es cada vez más vigilada desde que el Bautista vive entre nosotros. Sabe que Su Alteza no nos quita ojo de encima, porque ahora poseemos a su "Perla amada", a su hijo bastardo, tan odiado por Ero.

—¿Sus órdenes, Comendador? —el capitán de la guardia esperaba como el resto de nosotros.

—Díganle al viejo Maese que la criatura ha de ser mía… —respondió el Comendador, sus ojos me evitaron—. Fue un terrible malentendido el que haya caído entre sus manos —luego agregó, casi apenado—: Sean gentiles con él. Eviten, si es posible, un encuentro violento.

Por supuesto: no fue posible.

Ero lo sabía.

Desde entonces, las puertas del Comendador no se cierran nunca, ni de día ni de noche. Pocas veces me llama a su presencia, y siempre lo hace con un dejo de vergüenza por el error que ha cometido y del cual no se arrepiente.

—Si la vieras, sabrías que mi decisión fue sabia y buena… —me dice, y espera que al menos asienta con la cabeza en un gesto que él cree es de perdón.

Lo obedezco, ya que conozco lo terrible que puede llegar a ser Ero cuando se siente acorralado.

—Oh, Yayne… es tan… hermosa.

Una punzada de celos me come el estómago. Siento que algo dentro de mí se revuelve como un feto molesto en su sueño.

Es cierto que no tengo derecho a sentir cosas como esas.

No está bien.

Todo amor de la carne que existió -hace ya tantos años- entre Ero y yo ha desaparecido. Fui su amante cuando ambos vivíamos en la corte

de Sonner II Ilgrim, cuando creíamos que nuestro placer y entrega podían ser escondidos de los ojos celosos del mundo, en una corte donde todos conocen los secretos de todos, y es cosa común. Yo era un liberto que soñaba las quimeras imposibles de una carrera de solipdista. Algo en mi interior me decía que era un deseo malogrado… pero me negaba a ver.

¿Cómo podía, si Ero confiaba en mi destino y me hacía contarle noche tras noche mis esperanzas cuando ya habíamos terminado de amarnos?

En aquellos tiempos, Ero me llamaba Yay simplemente, acortando la sonoridad de mi nombre. Era una forma de decirme que yo era suyo como él era mío, sin posesiones injustas ni cabezas más elevadas. A veces, incluso, me nombraba "pequeño Yay", por mis huesos finos y mis caderas que parecían de muchacha y que a Ero le resultaban tan graciosas.

"Tienes cuerpo de hembra", me decía, sin ánimos de ofenderme. Ambos reíamos como locos, envueltos en el amor y el placer oculto. "Eres hermoso, mi pequeño Yay", y luego buscaba mi gruta con la lengua o con los dedos, y nunca con otra cosa pues era tabú.

Pocas veces era yo el que le llamaba hermoso, aunque Ero sí lo era.

Tan diferente su cuerpo del mío, educado en la vida militar desde que era niño. Sus músculos parecían trabajados en las Forjas, pero eran completamente naturales. Puedo yo dar fe de ello. El vientre plano. El pecho afeitado desde la adolescencia, pues sudaba demasiado y era obsesivo como un animal de costumbres. Siempre, desde que comenzamos a ser amantes, me pedía que me bañara antes de hacer el amor: "Yay, pequeño, por favor". Al principio me ofendían aquellos deseos de limpieza: yo era poco más que un rústico. Fue él quien me enseñó que las artes del placer se cumplen mejor cuando el cuerpo está limpio. Aprendí a bañarme día a día, y ya Ero no tenía que pedírmelo, sino que me decía: "Estás delicioso, pequeño Yay. Tengo deseos de comerte todo", y la cabeza me daba vueltas con aquellas palabras.

Yo siempre quise más de él.

Lo deseaba dentro de mí. Que me hiciera gritar como una hetaira.

Quería ser su puta. Su amante. Su hombre.

Una tarde me atreví a decírselo y entonces, como nunca antes, Ero me miró con unos ojos que decían tantas cosas… todas ellas terribles: "Estás loco, Yay".

"Pero yo te amo", creo que protesté entonces, por primera y única vez en mi vida.

"Me ames o no, estás loco. Nunca vuelvas a pedirme algo así", fue su respuesta.

Me dio la espalda y por más de tres semanas no me dejó acudir a su lecho. Huía de mí como se huye de la muerte. Lo veía en los pasillos de la corte de Sonner II Ilgrim revolcándose con cortesanas que deseaban comprobar la hombría de aquel militar cuya masculinidad ya estaba en entredicho. Luego acudió otra vez a mí, y lo perdoné. También Ero olvidó, aunque aquellas palabras mías habían creado la primera de muchas zanjas entre ambos. Zanjas insalvables, como después el tiempo confirmó. La misma noche de nuestra reconciliación me confesó sus miedos de que nuestra condición de amantes ya fuera pública: "Yay, lo saben".

"¿Las mujeres con las que dormiste?", le pregunté.

"Sí, ellas. Y los demás también".

Entonces, comenzó nuestro largo calvario.

La paranoia.

Pensábamos -principalmente él- que cada persona que nos miraba en la corte conocía nuestro secreto. Que cada risa era una burla. Que cada mujer que buscaba el cuerpo de Ero lo hacía para comprobar si tenía entre las piernas lo que ha de tener un hombre, o si eso había desaparecido como consecuencia de probar lo tabú.

—Sabes que eso no es posible… —le decía entonces, intentando calmar sus nervios que pinchaban como agujas.

—¡¿Qué sabes tú?! ¿Por qué habría de ser imposible? —me contestaba violento, mientras medía el grosor y el tamaño de su falo. Yo leía el miedo en sus ojos, y por eso no insistía más.

Pero aun entonces nos queríamos, y disfrutábamos del placer de la carne como dos recién nacidos.

De vez en cuando, Ero me rechazaba y me llamaba maldito, pero aquellas eran escasas ocasiones que tuve que aprender a perdonar. A la larga siempre volvía a mí, diciéndome: "Yay, pequeño… Yay, querido… Yay, mi todo".

Fue Ero el primero en abrirme los ojos a la imposibilidad de mi sueño de ser piloto solipdista, con una crueldad convertida en sonrisa compasiva que no creí -o no quise creer- capaz de vivir en él.

"Despierta, Yay. Jamás podrás ser solipdista, como tampoco yo seré rey".

Aquellas fueron sus palabras, peores que una bofetada. Hubiera preferido que me golpeara como otros maltratan a sus amantes hasta hacerles sangre, que escucharlo decir aquello.

"Despierta, Yay. Ni tú solipdista, ni yo rey."

En aquel entonces, el Emperador Sonner II Ilgrim parecía estéril. Llevaba décadas en el poder y no había plantado sus semillas ni en mujer ni en concubina alguna. Era un mal común entre los reyes, transmitido de generación en generación por alguna deformidad que

nadie conocía. De vez en cuando, Ero y yo bromeábamos sobre la idea de que algún día sería él quien llevara en la cabeza la corona del Imperio. ¿Por qué no? Quizás medio en broma, pero con un poco de locura que nos hacía ver que bien podía ser real. Al fin y al cabo, la madre de Ero -muerta cuando éste no era más que un niño- pertenecía a la línea de los Ilgrim: era prima hermana de Sonner. Por lo tanto, la corona estaba lo suficientemente cerca de Ero como para que nos atreviéramos a soñar.

Fue el mismo Sonner el que exigió la presencia de mi amante en la corte. Quería -quizás- educarlo en las costumbres del Imperio. Quién sabe si también Su Alteza tenía entre sus planes prepararlo para ser el sucesor. Al menos, eso creía yo. Y también Ero, influido por mis ideas.

Pero nuestro sueño se hizo pedazos con el nacimiento del Bautista, aunque entonces no lo llamaban así, sino simplemente Arrlen, príncipe bastardo.

Solo Sonner le decía hijo, y exigía que la corte entera le rindiera los honores de un nacido bajo la Ley de las Esposas. La madre de Arrlen ni siquiera era concubina del rey, sino una de las tantas esclavas que pululaban en la corte como animalitos con el rabo entre las patas. Sin embargo, fue ella -y ninguna otra antes ni después- la que dio a luz a la única semilla no malograda del Emperador. Sonner la hizo libre, y le otorgó tierras y potestades. Incluso cambió el nombre de aquella esclava, cuya sonoridad pertenecía a un idioma apenas pronunciable, por uno de la lengua imperial. Al fin y al cabo, era la madre de Arrlen, príncipe bastardo, a quien todos llamaban la Perla Amada de Sonner II Ilgrim.

Ero quedó, entonces, relegado a la posición secundaria.

Un plato abandonado en una gigantesca mesa.

Ya no estaba cerca del poder y del reinado, sino lejos, como a pársecs de distancia, y su sueño roto era uno de los tantos de un miserable. Sonner comenzó a mirarlo con ojos diferentes, aunque nunca llegó a perderle todo el amor. Le dio una carrera militar, y fue el único en toda la corte que no le cuestionó su condición de amante mío… al menos durante los primeros años. También le hizo muchas promesas que sé -porque Ero me contó- jamás llegó a cumplir. Solo décadas después, le otorgaría el cargo de Comendador de una de sus ciudades, y nada más.

Ero se sintió traicionado.

Por Sonner.

Incluso por mí, que le había sembrado aquel sueño en las entrañas.

“Ni tú solipdista, ni yo rey”.

Aquello era doloroso, pero también cierto.

Su bofetada me había despertado de golpe de la ilusión.

Desde aquel momento, ambos fuimos distintos, como si una cortina de hielo se hubiera colocado en el medio de nosotros. Nunca más me atreví a contarle las locuras de mis ilusiones; notaba que él me rechazaba. Hasta el placer del amor comenzó a tener el sabor de lo mal hecho, y la culpa hizo que no pocas veces su carne se me muriera entre los dedos, sin que pudiera hacer nada para revivirla.

Ero no me acusaba. Pero aun así, sus ojos eran lo suficientemente transparentes como para que yo leyera en ellos el deseo destrozado, su inseguridad que cabalgaba sobre nosotros… y también el miedo.

Volvieron a pasar los años y Ero se acostumbró -o quizás sólo lo fingió- a aquella vida como segundo en la corte. Creo que al principio guardaba la esperanza, aunque nunca lo reconoció, de que aquel príncipe bastardo de Sonner se malograra en la primera niñez, o que la Diosa Muerte viniera por él antes de que su vida causara más daño en el equilibrio natural de las cosas. Pero eso nunca sucedió y el bastardito creció fuerte, sin que la enfermedad hiciera mella en su cuerpo. Creció para convertirse en lo que es hoy: el Bautista, y el mayor dolor de cabeza de mi Ero.

Pero, en aquellos años, cuando Arrlen "Perla de Rey" no era más que un niño, ya mi amante sufría.

Porque la cercanía del fin siempre provoca dolor.

En parte fue mi culpa: yo lo obligué a tomar la decisión. Lo presionaba en las noches que no se acercaba a mi lecho, lo miraba con ojos de bestia cada vez que lo veía revolcándose con la puta de turno. Aunque me juraba por la sangre de su madre muerta que aquello era solo placer, jamás le creí. Me parecía falso. Traidor. Sucio. Muchas veces fui injusto. Ero tenía que mantener a toda costa su imagen de hombre en la corte. Al fin y al cabo, seguía siendo de la sangre de los Ilgrim, y todos los ojos se posaban en él cada vez con más frecuencia: leían su necesidad de ser visto y escuchado por Sonner, su frustración por perder su pedazo de trono cuando ya lo tenía agarrado entre los dedos, su envidia callada hacia el recién nacido Arrlen.

"¿Qué más quieres de mí, Yay? Te doy todo lo que puedo", me decía.

Quizás era cierto, pero yo era inconforme y lo quería completo para mí, aun cuando sabía lo peligroso que resultaba para ambos. Sobre todo para Ero, mi amante de la estirpe de los Ilgrim, a quien todos reservaban la palabra de hombre tabú.

"No quiero ser un marcado, Yay. ¿Es tan difícil de entender?".

Nunca supe consolarlo.

Le juré tantas veces que mis celos morirían, que lo ayudaría a salvar su nombre y apellido del estiércol. Pero, lo que realmente deseaba era hundirme junto a él en el mismo charco de mierda y

sangre, ambos condenados por el tabú y unidos para siempre en la marca.

El placer entre dos amantes del mismo sexo no era cosa extraña en aquellos tiempos. Nadie veía con malos ojos el que dos adolescentes descubrieran con las manos y la boca -jamás la penetración- lo que reservaba la carne para el placer del matrimonio con la Primera Mujer. Pero aquel juego de los primeros años no debía convertirse en algo más. Al comenzar la adultez, el placer solo era permitido en la cama de la Esposa, la concubina o la puta.

"Comprende, Yay. Es tan difícil para mí…".

Mi egoísmo lo hundió en aquel nido de barro y horror.

Lo sorprendí una noche con una de sus amantes de turno, una muchacha delgadita y casi andrógina -Ero nunca soportó a las mujeres exuberantes, le parecían contra natura. Sé que debí haber guardado silencio y bajar la cabeza, como en otras tantas ocasiones hice. Pero los había visto desnudos, disfrutándose uno al otro como dos niños… una pintura en la que yo no tenía lugar ni cabida… la lanza erecta de Ero sumergida en los óleos de las nalgas de aquella chica…y no pude. Me volví loco. Grité. Descorrí la cortina donde ambos se escondían. Volví a gritar.

Le llamé traidor. Aullé mi dolor.

Traidor otra vez.

Le dije: "Eres mío, y no de ninguna puta".

Ero intentaba callarme, sofocar mis gritos con sus manos para que el escándalo no llegara a otros oídos. Pero era demasiado tarde, y yo estaba como alienado: "¡Yay, silencio!", y era la orden de un militar y no la de un amante. Había odio en su voz. Y miedo. La chiquilla desnuda huyó y solo estábamos nosotros: sus manos en mi boca y mis gritos que parecían los de una bestia agonizante.

"¡Perro!", le dije, sintiendo un placer anticipado cuando escuché pasos que se acercaban.

Entonces, grité más para advertirles.

Ero me destrozó la boca de un solo puñetazo.

Nunca antes me había pegado, y nunca más después de aquella noche. La violencia era un arma que sabía esgrimir como ningún otro: conocía a la perfección aquellos puntos del cuerpo que, al ser golpeados, se hundían en un charco de sangre. Desde niño, había aprendido a quebrar huesos y tendones, y a hacer que el hombre más poderoso se revolcara como un animal adolorido.

El asombro me hizo callar.

No comprendía el por qué de la sangre sobre mis labios, ni aquel ardor que era terrible. Luego, supe que me había mordido la lengua como quien troza un pedazo de carne bajo el cuchillo.

Mi silencio le hizo ganar la suficiente ecuanimidad como para alcanzar a vestirse. Su lanza mustia entre las piernas junto a un efebo que gritaba habría resultado un espectáculo delicioso para los oídos y los ojos de los huéspedes que al fin llegaron.

El torso de Ero estaba desnudo todavía.

Era suficiente como para arrojar sobre su persona la duda del tabú. Pero, gracias a los dioses, no la confirmación.

Alguna excusa debió dar -por supuesto, sobra el decir que nadie la creyó-, pero no recuerdo nada. Estaba como sumergido en la marea de mil novas. Quería morir. Un chispazo de cordura me alcanzó entonces y tuve conciencia de lo que había hecho, pero ya no había vuelta atrás.

“Aléjate de mí para siempre…”, fueron sus palabras. Creo que lloraba. “¿Cómo? ¿Cómo pudiste hacerme esto?”.

Y yo, ¿cómo podía explicarle de mi locura momentánea? ¿De mi odio? ¿De mi amor?

Nunca me perdonó.

Pasarán las décadas y sé que nunca lo hará, por más que jure -como ya ha hecho- de que todo mal que nos hayamos causado el uno al otro ha quedado enterrado para siempre.

Hace bien en no perdonarme.

A oídos de Sonner II Ilgrim llegaron aquellas noticias del tabú susurrado a voces. Habían pasado los días, y aunque Ero no acudió de nuevo a mí, supe que las mujeres huían de él como de una plaga. Debió sufrir mucho, y más cuando Sonner lo llamó a su presencia y le hizo la pregunta que tanto temía escuchar: “¿Has cometido tabú, sobrino?”.

No sé cuál fue su respuesta, pero lo cierto es que Sonner II Ilgrim le dijo que la corte murmuraba, y no veía con buenos ojos que un efebo y un señor mantuvieran aquellas relaciones tan estrechas: “No olvides que llevas mi sangre, Ero. Cualquiera de tus movimientos puede embarrar de mierda mi apellido”.

Mi amante no discutió, sino que inclinó la cabeza con todo el respeto de un sobrino obediente… él, que odiaba tanto inclinarse ante nadie.

Entonces, le llegó la propuesta del Emperador.

Era más bien una orden:

“Hay una ciudad, y se ha quedado sin Comendador. Me gustaría que pensaras en la idea de ir a gobernar en mi nombre, que ejerzas en ella la voluntad, la justicia y la piedad de los Ilgrim”.

No podía negarse, así que allí mismo afirmó con la cabeza: “Mi señor dirá…”.

La ciudad resultó ser Vilda. Mejores hay, y también peores, pero en

aquel momento era la única salida digna que Sonner le ofrecía a su sobrino casi tabú, para que no continuara manchando su nombre. Era la forma hermosa de decirle que su presencia sobraba desde hacía mucho tiempo en la corte.

Ero fue fuerte.

Yo no.

Cuando supe que mi amante marcharía hacia aquella especie de destierro digno, creí volverme loco. El dolor me mordió las entrañas y el corazón. Solo le habían dado diez noches para hacer los preparativos y dejar sus asuntos resueltos, a bien con los dioses y los hombres. Luego marcharía, y yo me vería sin oportunidad de acercarme y pedirle perdón por todo el mal que le había causado. Sabía que el amor entre ambos estaba irremediablemente perdido, pero, ¿cómo podía aceptarlo?

Intenté aproximarme, mas eran siempre acercamientos torpes, inútiles. Lo veía escoltado por sus dos capitanes. Desde lejos sus ojos me eludían, me mandaban a mantenerme al margen de sus asuntos.

Así pasaron los días, y sólo a la octava noche logré encontrarlo.

Fue él quien me mandó a llamar a su presencia.

—¿No vas a decir nada, Yay? —preguntó. Estaba sentado a la orilla del lecho, con ambos brazos cruzados y una mirada burlona en los ojos—. ¿Nada? ¿No me gritarás traidor, ni perro? Tienes, por lo visto, una larga lista de epítetos para calificarme.

—Ero… —las palabras de perdón que tanto había ensayado en mis noches de insomnio se habían ido todas.

—Ya ves el resultado de tu… digamos, indiscreción: me marcho. O mejor, me hacen marchar. Bastante lejos, si te interesa.

—¿Adónde?

—Vilda. Una ciudad del Norte. Con puerto espacial incluido, así que tendré que ocuparme no solo de mi pueblo, sino también de los piratas y contrabandistas a los cuales se les ocurra la brillante idea de que mi ciudad es un buen lugar donde templarse a las putas. Ya sabes, oficio de Comendador.

—Ero… perdóname.

—¿Por qué perdonarte? Era esto lo que querías.

—Pero no así. Sólo deseaba que dijeras lo de nuestro amor…

—¡Mejor aún! Ya no hace falta, Yay. Tú lo proclamaste a gritos. ¿Te vas a arrepentir ahora? ¿No te parece demasiado tarde?

—Ero, déjame ir contigo. Déjame ser tu esclavo. Tu más humilde sirviente… Por favor.

Me miró como a un insecto.

—Idiota.

—No me acercaré demasiado a ti —yo continuaba con mis

reclamos y súplicas, pero Ero no me escuchaba:

—¿Sabes cómo me llaman los hombres de la corte? —hizo una pausa:— Ilgrim el Tabú. ¿Quieres ahora que lleve a mi amante al lugar donde voy a iniciar mi nueva vida? ¿Quieres que siga llenándome de mierda?

—Te lo pido… Ero. Seré tu esclavo.

—Tus servicios no me interesan. No hay lugar para ti en mi nueva corte.

—¡LO QUE QUIERAS QUE SEA, ERO! ¡LO QUE QUIERAS, PERO NO ME DEJES!

Una chispa de maldad sacudió su rostro.

Bajó la cabeza, y cuando volvió a mirarme había algo en él, un no sé qué demasiado terrible:

—Juras que harás por mí lo que sea. ¿Digo bien?

—Lo juro, Ero. Lo juro.

—Entonces harás esto, porque es la única forma en que te permitiré marchar a mi lado: quiero que seas castrado. Los sacerdotes dicen que la maldición del tabú solo se limpia si uno de los culpables ofrenda su carne y culpa a los dioses. Hazlo. Solo así creeré que realmente lo sientes.

—¿Un eunuco? —pregunté.

—Un eunuco —afirmó él, insensible—. Si por mí eras capaz de volver a la esclavitud, ¿por qué entonces no cumples con este capricho mío? O mejor aún, con esto que te pido en virtud de que ensuciaste mi nombre y mi hombría.

Era cruel.

Exigía un pago alto.

—Si lo haces, comprenderé que tu amor por mí continúa vivo y sigue siendo limpio. Entonces, dejaré que me acompañes.

Aquella noche marché de su habitación sin haberle hecho una promesa.

Sin embargo….

Unas horas después, los medcs me drogaban con una mezcla de polvos y aceites que me hicieron perder la noción del tiempo. Cortaron mi raíz con sutileza y lentitud, cuidando no romper un conducto o perforar una vena vital. Sobreviví. Cuando desperté mutilado, el dolor se me subió a la cabeza como la patada de un caballo gigante.

A media voz, le pedí que me devolvieran mi carne amputada y, cojeando, retorné al cuarto de Ero. Las vendas que cubrían mi entrepierna eran un amasijo de sangre y sudor.

—Ofrécelo ahora a tus dioses, para que te limpien… —creo que le dije cuando atravesé el umbral. Mis manos le arrojaron el paquete

sanguinolento.

Los ojos de Ero me miraron atónitos.

Apenas contuvo un buche de vómito que se le trabó en la garganta.

—Idiota… —dijo.

Solo entonces pude llorar.

Ero se aproximó a mí con un temblor que era de niño recién nacido, como quien no quiere de veras acercarse. Yo era un manojo de nervios y llanto, y él me abrazó así, sin palabras. No quise buscarle los ojos, porque tenía miedo de encontrar en ellos el dolor.

—¿Por qué lo hiciste, Yay pequeño? Yay… idiota.

—Me lo habías pedido —le respondí, intentando que mi voz no fuera un espejo de la rabia—. ¿Qué querías que hiciera?

Ero calló.

Lo cierto es que cumplió su promesa de llevarme junto a él a su nuevo hogar -su pequeña corte- en Vilda. Los consejeros de Sonner II Ilgrim musitaron en los oídos del rey las acostumbradas palabras de veneno, y algo de todo eso debe haber llegado a mi Ero, pero él se negó a escuchar y obedecer.

“No soy un hombre tabú si mi amante es un eunuco”, habría sido la solución más limpia y rápida que podía pronunciar. Físicamente yo no era -ni sería nunca más- un verdadero hombre. En cuestiones de códigos de honor, la palabra tabú solo podía ser aplicada a aquel que mantenía relaciones contra natura con un ser de su mismo sexo una vez que habían pasado los primeros años de la adolescencia. No en aquellos que buscaban el placer oculto entre las sábanas de un eunuco.

Aun así, mi mutilación no pasó desapercibida para la corte, ni la sombra del tabú dejó de ser un fantasma que rodeara para siempre a la figura de Ero. Nadie olvidó que yo renuncié a mi virilidad por seguirle, ni que él había aceptado aquel sacrificio, aquella ofrenda sangrienta de mi amor.

—Lo obligó a convertirse en un eunuco para no tener que renunciar a Yayne… —murmuraban todos, ya fuera en presencia del rey o cuando estaba ausente—. Eso es tan tabú como lo otro… Ero se despidió de la corte sin una lágrima.

La noche anterior a la partida, su tío lo llamó al lecho para hacerle las últimas recomendaciones del viaje y entregarle el cuño con el sello virtual de los Ilgrim que marcaría, a partir de aquel preciso instante, su condición de Comendador y Ojo de Sonner.

Ero me pidió que dejase pasar unos días para que acudiera a su encuentro: me estaría esperando con su caravana en el puerto de Kalhibri. Como no era una despedida de tambores y cornetas -no, él no era un héroe-, mi presencia entre el resto de sus hombres podía

pasar lo suficientemente desapercibida. O, al menos, eso creía él. Lo importante era la apariencia, y yo no quise contradecirlo.

El dolor de la amputación me duró por semanas, y más tiempo aún la sensación del miembro perdido que, en ocasiones, me parecía un fantasma que volvía durante la noche para hacerme recordar. Varias veces creí que podía tener erecciones e incluso sueños húmedos. Despertaba sudoroso, con dolores de cabeza que rápidamente se apoderaban del resto de mi cuerpo como una pandemia desconocida. Mis deseos de poseer y ser poseído eran terribles, pero Ero ya no me deseaba, ¿cómo podía desearme si yo no era más que una criatura indefinida para los ojos de todos, incluso para los suyos?

Luego, supe de la existencia de otros hombres que habían sido castrados al llegar a los primeros años de la pubertad: los llamaban payyacci y eran los cantores de la corte, seres creados con el único propósito de servir a la Diosa Música al entonar sus siete mantras. Aquellas vidas no tenían otro sentido: eran aberraciones contra natura que poseían las voces más perfectas de todo el universo, trabajadas en las Forjas para que fueran capaces de alcanzar tesituras hermosas y terribles.

Unos pocos de ellos vivían hasta llegar a ser ancianos: la mayoría alcanzaba sólo la tercera década y después buscaban el suicidio. Todos decían que era la naturaleza que se rebelaba contra lo anormal: ningún hombre mutilado en aquello que lo hacía hombre podía vivir demasiado tiempo, y ser además cuerdo… Durante años temí que aquel fuera también mi destino: terminar sumergido bajo el barro aplastante de lo incompleto y buscar la muerte por mi propia mano. Pero hoy, a años de distancia de todo aquello, ya he logrado superar ese miedo: tengo poco más de cinco décadas, y todavía quiero vivir.

Esperé, como me recomendó Ero, seis días después de su partida para seguir a la caravana. Unas pocas ruedas antes de Kalhibri nos encontramos. Entonces, fui feliz. Al menos todo lo feliz que me atrevía a ser, porque él había esperado por mí sin partir y ahora tenía un lugar en su corte, junto a mi Ero, alejado de los ojos venenosos de los espías de Sonner.

Ero mismo había elegido entre sus mejores amigos -casi siempre sobornándolos, porque ninguno quería ir por propia voluntad junto a un sospechoso de tabú- a los hombres de su caravana. La cuña transoceánica que nos condujo al otro lado del mar tenía el nombre del príncipe bastardo: “Perla de Rey”, y aquella ironía fue otra bofetada silenciosa que hirió el ego de mi amante. El viaje fue infernal para él. Se sentía observado y me evitaba ante sus hombres; pero aun así leía en sus ojos que estaba preocupado por mí.

Yo, por primera vez, veía el mar, y eso fue lo más cercano que estuve -y que estaré nunca- de una aventura de solipdista. Sentí el

viento en mis orejas y en mi pelo, la náusea de las primeras ruedas mar adentro, el deseo de ver otra cosa que no fuera agua y a la misma vez de no abandonarla nunca, la incertidumbre de una tormenta o una descarga que anulara la cuña, dejándonos sin energía en un estado de completo naufragio… hasta que, finalmente, llegamos a Vilda.

Nuestra vida, a partir de ese momento, ha transcurrido apacible.

Todo lo apacible que puede ser.

Ero no es más mi amante.

Ahora soy su amigo, y su más preciado consejero. El único que se atreve a decirle a los oídos -y a veces incluso en voz alta- sus errores.

No ha vuelto a llamarme más como antes: Yay, pequeño Yay, amado Yay.

Yo continúo diciéndole Ero, sin incorporar a su nombre otros títulos innecesarios. Él me deja por el recuerdo dormido de todo lo que fuimos y lo que intentamos amar.

Ni yo solipdista.

Ni él rey.

Hemos envejecido juntos. Ero ha vuelto en cuatro ocasiones a la corte de Sonner II Ilgrim, y en cada una de ellas fue recibido con los honores que se le reserva a la familia imperial. Regresó contento, porque todos parecían haber olvidado sus episodios de tabú, incluso su tío, que lo abrazó como siempre y lo llamó querido, el más amado servidor y sobrino. Los años han curado muchas cosas en Ero… otras heridas no, y creo que no lo harán nunca.

Por ejemplo, su imprudencia.

—¿Por qué no pudiste escuchar mi consejo? —le pregunté aquella tarde, cuando la muerte del Maese Mercamentista había sido comprobada y su cadáver recorría la ciudad sobre los hombros de sus seguidores—. ¿Acaso no te he servido fielmente durante todos estos años?

—No es esa la cuestión… ¡¿No entiendes que la quería?!

No es una buena excusa, no le quita peso a lo desafortunado de su decisión, pero al menos es sincero.

Desde que vio a esa criatura no hace más que babearse como un perro ante un hueso. Es solo feliz cuando Ella está cerca. Por eso la tiene casi a todas horas del día sentada a los pies del trono, como a una bestiecilla domada. Le pasa las manos sobre la cabeza como si estuviera sumido en un sueño profundo, y aquel gesto fuese el reflejo involuntario de un sonámbulo. Cada vez recibe menos visitas y concede escasas entrevistas, aun sabiendo que la ciudad está a las puertas de una guerra.

—Ocúpate tú —me dice siempre—. Sabes que confío en ti.

Es ahora mi cabeza la que lleva la corona de los Ilgrim, mi mano la

que se inclina para imponer las leyes y condenar. Los hombres de la corte me dicen el Perro-Castrado-de-Ero, pero sus ofensas no me importan.

Tengo tantas cosas en qué pensar que mi mente no se detiene en detalles tan absurdos. Día tras día concedo audiencias a los mercamentistas que se hacen llamar Hijos de Tamerέw: me exigen haga justicia sobre la cabeza de los culpables de la muerte de su Maese. Al principio, Ero se negó a escuchar mis razonamientos de que debíamos ofrecer a alguien como sacrificio para detener el embate de los mercamentistas armados y de los bots que revolotean por la ciudad con cápsulas venenosas en sus vientres.

"Esto es el preludio de una guerra civil biológica. Si no quieres tener un palacio y una ciudad incendiados, y gobernar sobre un pueblo de muertos, entonces déjame…", le dije.

Ero me escuchó, y pude darle a los cabrones Hijos de Tamerέw la cabeza decapitada de los ocho soldados que violaron -bajo ley y mandato de Ero- la tranquilidad y vida del Maese. Al capitán se los entregué vivo. Los gritos y las maldiciones de aquel pobre infeliz me acompañarán para siempre. Sin embargo, no me arrepiento. Era necesario. Luego, supe que los mercamentistas le introdujeron dos bots minúsculos en las fosas nasales, que fueron reventándolo lentamente durante al menos una semana. Se esperaba su muerte de un momento a otro, pero los Hijos de Tamerέw usaron todas sus habilidades para mantenerlo despierto durante más de seis días, hasta que los órganos se le convirtieron en una papilla de sangre y pus. Entonces, lo desmembraron con sus espadas rituales, las dalkkar que usó su Maese ocho décadas antes, en la Primera de las Guerras entre castas.

La muerte del capitán no fue suficiente.

Ahora me piden -como si yo fuera dios y todo estuviera bajo mi mano todopoderosa- que les ofrezca a la criatura que era pertenencia legal de su Maese… Aquella por la cual fue asesinado. Dicen que todas las posesiones de Tamerέw deben ser quemadas junto a él para partir hacia el otro lado del velo de las realidades.

Cuando se lo dije a Ero, este me miró como a un insecto:

—¿Qué te la dé? Idiota —y continuó pasando sus dedos sobre la cabeza de la bestezuela.

Ni siquiera a mí -en quien confía- me deja mirarla demasiado. Generalmente, la obliga a llevar siete velos. Le dice: "Cúbrete, Salomé. Vienen invitados", y aquella Cosa lo obedece como si realmente comprendiera todo. Me molestan los mimos que Ero le ofrece, las caricias, incluso el nombre por el cual la llama. Me molesta que no sepa que es él -y no yo- a quien le corresponde dar la cara ante la ciudad, para detener la guerra que se nos viene encima como la zarpa

de un dios muy poderoso.

Pero, sobre todas las cosas, siento que he perdido el amor de mi Ero… la sombra de su amor.

Nunca, desde que llegamos a Vilda, le había conocido amante que acudiera a su lecho seis noches seguidas. Y ahora, esta criatura ha venido a apoderarse de todo: de él, de su cuerpo, de sus días… incluso de su mente.

Por primera vez, el Bautista y yo hemos estado de acuerdo en un punto.

Cierto es que siempre lo odié por su condición de bastardo de Sonner y sus creencias locas de iluminado. "Yo veo todo, Yay pequeño", me decía con una sonrisa que pretendía desnudar los recuerdos de mi vida junto a Ero en la corte. Nadie además de Ero me ha llamado nunca así. Alguien ha de haberle contado toda aquella historia que él no puede recordar por ser entonces apenas un recién nacido.

Es un hombre hermoso, aunque descuidado, pero su belleza no atrae mi atención. Quizás sea por sus ojos que no son Ilgrim, sino oscuros como los de su madre esclava, que trajo aquella herencia genética de diásporas olvidadas en la galaxia. Sin embargo, no hay duda alguna de que es un Ilgrim, pues su rostro -siempre sin afeitar- es la viva imagen de Sonner con algunos años menos: la misma barbilla partida que también tiene Ero, las cejas espesas que se unen en el entrecejo en una línea indivisible. A veces, también su sonrisa es similar a la Sonner, con un movimiento ladeado de la comisura de los labios que lo hace parecer un chiquillo.

Nunca le he llamado ni Bautista, ni Perla de Rey, sino por su nombre: Arrlen. Él me responde con la misma moneda: "Yay pequeño", y luego ríe como si supiera cosas que yo solo puedo imaginar.

Pero, por más que lo rechace -a él y a su vida- admito que tiene la razón: esa bestia de Ero, la criatura Salomé, debería marchar de la corte. O mejor aún, morir. No es un ser que haya sido diseñado para permanecer demasiado tiempo en un lugar. Ero es la prueba palpable de eso: cada día se encierra más en sí mismo, cada día se sumerge más en ese pantano donde solo están él y su protegida. ¿Qué ve en Ella? ¿Qué la hace tan especial a sus ojos?

Celos.

Sí, quizás sean los celos quienes hablan por mi boca, como aquella vez que grité en los pasillos donde Ero y su amante se revolcaban, cuando vivíamos en la corte de Sonner II Ilgrim. Mucho dolor pudo ser evitado con mi silencio. Pero no fue así.

La prudencia me indica dejar este asunto en las manos del

Comendador, mas no puedo.

Temo por él.

Por su mente.

Porque se vuelva loco en el confinamiento de su habitación, donde ha decidido encerrarse a solas con su criatura.

—Si alguien la viera… me mataría para tenerla… —me dijo una vez, enigmáticamente—. Yay, incluso tú.

Sus palabras me dolieron. Traté de encontrar dentro de ellas al hombre que había amado, pero solo estaba en su lugar este Comendador que se me hace viejo y cansado, aun cuando su cuerpo parezca casi el mismo. Tal vez sean sus ojos que han envejecido.

Ero querido. Mi pequeño Ero.

Apoyaría al Bautista, quien a su vez apoya a los Hijos de Tamerέw en sus intentos por hacer claudicar al Comendador, si no fuera la más terrible de las traiciones. Yo soy la mano -y en este momento, también el rostro- de Ero. No puedo fallarle así. No ahora que me necesita como nunca antes.

Aunque no puedo silenciar a Arrlen el Bautista -como tampoco pude impedir que caminara descalzo y rodeado de los pobres de la ciudad, prometiendo vida eterna y megacréditos a todo aquel que se bautizara con la sangre del dios verdadero, y se llamara a sí mismo Iluminado, Vidente y Mensajero de ese supuesto dios-, a veces quisiera poder hacerlo. No se me olvida que es la Perla del Emperador, aunque odie llamarlo de esa manera. En algún momento, ascenderá al trono que su padre ha decidido -en contra de todas las leyes- otorgarle.

Algún escándalo cortesano -o el deseo apenas susurrado de Sonner de protegerlo de las intrigas y el asesinato que amenaza a un heredero- lo trajo a Vilda. Las órdenes del Emperador fueron que su Perla permaneciese encerrada dentro de una ostra. A salvo. Soy consciente de que Ero lo intentó, primero con sutileza, luego con amenazas. Arrlen Ilgrim el Bautista está muy al tanto de su poder y posición, así que decidió obviar las palabras de Ero.

—Soy tu primo, Arrlen… —le dijo el Comendador, llevándose ambas manos a la cabeza, en ese gesto que yo conozco es de cansancio —. Solo deseo cuidarte.

—Primo o no, Ero Ilgrim, mi cabeza está colocada en un peldaño más alto. Voy a hacer lo que quiera… Al fin y al cabo, no querrás marchar en contra de las órdenes de tu futuro rey. A menos que… La amenaza flotó en el aire mientras las manos de Ero se contraían en un gesto de rabia apenas contenida:

—Vete a morir, idiota.

—Tabú.

Arrlen escupió la palabra junto a una sonrisa de completa

inocencia.

Desde entonces, ha hecho todo lo que quiere: vestir como un mendigo, renunciar a la escolta de protección y a los bots rastreadores que podrían indicarnos su posición si llegara a ser raptado por fuerzas contrarias a los Ilgrim. Nada de esto le importa al Bautista. He llegado a creer que está loco. Suya es la enfermedad de la mente que cabalga en el cerebro de los extranjeros y los esclavos, la herencia de su madre oscura. Hemos colocado entre sus seguidores a un par de soldados que sirven a Ero, y por ellos sabemos de las andanzas del Bautista, de sus palabras sobre una divinidad que viene al mundo convertida en pájaro y hombre a la vez. Sus ideales no están muy lejos de los de los mercamentistas que, durante décadas, han proclamado la llegada de una deidad encarnada en el cuerpo de un hombre que da la muerte. Por eso, Arrlen ha unido sus fuerzas a las de los Hijos de Tamerέw: ellos le traen nuevos adeptos, y él los bautiza en su religión.

Solo a veces vemos a la Perla en la corte, con su porte desgarbado y su mirada de loco. Viene a darnos cuenta de su vida: “He llegado, primo, y todavía nadie ha querido cortar mi cuello. Creo que me aman…”.

Sabe -o le han contado- de los atentados que Ero recibió en los primeros años de su gobierno, y de su influencia cada vez más pequeña entre el pueblo de Vilda… sobre todo desde que llegó la Criatura. Quiere molestar a Ero.

Por eso, aun cuando creo que Arrlen Ilgrim tiene la razón, no me atrevo a dársela en voz alta.

Pero, en silencio, lo apoyo en la idea de que la Criatura debe morir.

Así le digo a Ero:

—Estás ciego —tomo sus manos entre las mías en un gesto que él conoce es mi forma de suplicar.

Ella se encuentra, como siempre, sentada entre sus piernas y cubierta por velos de varios colores. El dolor en mi vientre se hace más agudo: me molesta que Ero desconfié de mí. ¿Por qué querría yo ver a su amante? ¿Para desearla? Nunca he deseado a hembra alguna. ¿Para maldecirla? Bien es sabido que las maldiciones, al menos en este lugar del universo, no tienen ningún efecto.

—Si vas a pedirme que la entregue, estás perdiendo tu tiempo de la forma más miserable —me dice mientras acaricia, como dormido, la cabeza de Salomé. Sólo los ojos de Ero me indican que está despierto-. Se quedará conmigo, porque este es su lugar.

—Mentira. Su lugar, si de verdad tiene uno, está a pársecs de distancia de aquí. ¡Vilda no es sitio para Ella!

—Ah… —medita—, ¿entonces tú también la odias?

El rostro de Salomé se levanta, como si estuviera esperando mi respuesta.

Me tomo todo el tiempo del mundo para contestarle a Ero.

Quiero decir la verdad, porque me pesa en el estómago como una piedra en el cuello de un ahogado. Pero no sé si es preferible decirla.

—No se puede odiar a un animal… —respondo.

—¡Ella no es un animal! —la furia en los ojos de Ero me hace retroceder. Con un gesto de rabia ha quitado sus manos de entre las mías—. ¿Por qué es tan difícil que entiendas?

—Porque allá afuera hay una guerra… ¡y a ti no te importa una mierda!

—¡Acúsame entonces! ¡Ve y traicióname con ese Bautista que pronto va a ser tu rey, que llenará todo el Imperio de cagadas sobre un dios único! ¡Ve y traicióname, Yay!

—¡Ganas no me han faltado! —ambos gritamos: Ero se incorpora del trono con chispas en los ojos—. ¡Has perdido toda prudencia, todo raciocinio! ¡Te has vuelto loco!

—Ese es un mal común entre los Ilgrim, seamos reyes o no.

Pienso en sus antiguas palabras: “Ni tú solipdista, ni yo rey”.

—Asume a tu ciudad, dale la cara a los mercamentistas, impone el orden… ¡Es tu papel! —le digo—. ¡No puedo seguir haciendo tu trabajo sucio!

—Jamás te importó hacer mi trabajo sucio.

—No, pero ahora está esa cosa… Salomé…

En silencio, Ero me mira:

—¿Cómo no me entiendes, Yay? No puedo evitarlo. Ella es.

—¿Es qué? —le pregunto y, en contra de mi voluntad, siento miedo hacia esa criatura que nos mira a ambos como un cachorro destetado. Cómo será su rostro. Sus ojos. Toda Ella.

—Es… —busca la palabra para describirla, pero no puede. Vuelve a callar.

—Ero, lo que sientes es solo… la pasión… de un viejo.

—Puede ser —veo que no se ha sentido ofendido, y me alegro—: Lo cierto es que es mía, y la amo.

El dolor se traba entre mis pulmones y no me deja respirar.

Una nube negra de rabia me oscurece la vista.

La ama.

Me duele.

Y Ella -la cachorra- me mira como incitándome a responder aquello.

Sabe que no puedo.

La odio.

—Perra —digo en voz baja, y me parece que, bajo los velos, algo sonríe.

—¿Cómo la has llamado? —la voz de Ero está demudada por la rabia.

—¡PERRA! —grito—. Así la llamé: ¡PERRA!

El puño de Ero se levanta para golpearme, pero se queda en el aire porque yo he sido más rápido que él. Por primera vez en toda mi vida.

Por un momento, no puedo comprender cómo me atreví a tanto.

En mi mano -atrapados en mi puño- están los velos que cubrían el rostro de Salomé.

—¿Qué has hecho? —pregunta Ero, y su voz tiembla.

Entonces, me atrevo a mirarla.

Las lágrimas resbalan por mi rostro, y solo me queda la pregunta de por qué creí que era una hembra.

No lo es.

La desnudez de su piel me estremece, el falo erecto que se alza entre sus piernas me dan deseos de sumergirme y tantear sus profundidades con mi boca. A Él lo conozco. Es mi Ero. Tal y como era décadas atrás, cuando ambos aún soñábamos con ser solipdistas y reyes, y todo nos parecía posible. Como era cuando juntos descubrimos el placer y el amor.

Son sus ojos los que me miran y susurran sin palabras: “Yay, pequeño Yay, amado Yay”, por primera vez en tantos años.

—Eres tú, Ero. Tú, cuando joven. ¿Por qué no me lo dijiste?

Ero me mira sin respuesta.

No me entiende.

Me cree loco.

O ambas cosas a la vez.

—Eres tú cuando me amabas.

Entonces lloro, de rodillas frente a mi Ero rejuvenecido, que parece querer decirme: “El tiempo no ha pasado”.

Es mentira: sé que es mentira y todo esto nada más que un juego de mi mente, un dolor muy grande que me invade de pies a cabeza.

Los años no vuelven atrás.

Mi Ero amado tampoco.

—Es mía —me susurra el Ero viejo, arrancando los velos de mis manos contraídas—: No la voy a compartir contigo.

Su voz tiene la cadencia de lo ruin.

—Vete lejos, ¡y no vuelvas nunca! —me grita.

Quizás sea lo mejor.

Marchar. No mirar de nuevo hacia lo que dejo atrás: a los dos Eros que se quedan en la habitación, en lo que me parece un juego del cual

no conozco una sola ficha.

—Comendador —le digo antes de salir—, la guerra estallará.

Ero me mira con ojos vacíos:

—¿Y qué? —me pregunta.

Cuando cierro las puertas a mis espaldas, toda la soledad del universo viene a anidar en mi vientre.

Los años pasados no vuelven, y a mí solo me queda la opción de marcharme.

Por mi bien…

Por el de Ero.

Ahora que puedo, y mi deseo de volver a aquella habitación es aun controlable.

Aunque no sé por cuánto tiempo más.

Debo abandonar Vilda antes de que sea demasiado tarde, y marchar a una tierra que se encuentre tan lejos como sea posible.

"¿Adónde?", me pregunto, pero no tengo una respuesta.

Lo suficientemente lejos como para que el impulso de regresar sea una idea que nunca ponga en práctica.

Apenas tengo tiempo de recoger otra cosa que no sean los escasos megacréditos que he logrado reunir en mis años de servicio tras el trono del Comendador.

Fui su mano izquierda.

Fui su mano derecha.

Fui su amante.

"Ni tú solipdista, ni yo rey", me parece escuchar la voz de mi Ero con aquella verdad atravesada entre los dientes.

La verdad que ambos no supimos masticar.

Adiós, Ero.

Pequeño.

Amado.

ERO ANTIPAS ILGRIM

Sobrino de Sonner II Ilgrim.
Comendador de Vilda.
Portador del Cuño del Rey.
Ojo de Rey.

Verás, Salomé: te lo cuento porque sé que me entiendes.

No.

No importa que no contestes. Aun sin palabras, a mí me basta con que me mires. Sé que lo comprendes todo, y lo aceptas.

Es tan difícil encontrar algo así dos veces en la vida, pero yo soy un hombre afortunado. Primero Yay, ahora tú, que sabes lo que quiero y me lo ofreces sin palabras falsas ni disfraces. A ti no te importa que pese sobre mí la sombra del tabú, que mi verga ya no sea tan poderosa como antes y solo desee los placeres prohibidos para los hombres.

Me complaces sin preguntas, que es la mejor manera.

Sí, te lo agradezco, Salomé.

El que me escuches.

Sabes que no podría negarte nada.

No tengo fuerzas y, en honor a la verdad, tampoco deseos de negarte ni una sola cosa en todo el universo, siempre que se encuentre entre mis manos ofrecértela.

Quizás sea la pasión de un viejo loco lo que ofrezco. ¿Acaso no me ha llamado así Yay hace apenas unas noches? Ciego. Estúpido. Incapaz. Leí el lenguaje de su cuerpo y no hacía más que decirme que los celos le estaban comiendo las entrañas.

Pobre Yay, Salomé.

Desde que te vi, soy incapaz de amarlo.

Antes sí, cuando todavía no habías llegado. Jamás se lo dije, por el tabú que ni él ni yo podemos olvidar. Además, entre nosotros se encuentra para siempre la locura de Yay que hizo aquello horrible con su cuerpo cuando solo se lo pedí en broma.

¿No me crees, Salomé? Te lo juro.

Aun así, y a pesar de que ya lo creía loco, seguí amándolo: por eso

lo traje conmigo a este pedacito de infierno que mi tío Sonner decidió otorgarme como recompensa por tantos años de paciente espera en la lista del trono. Puede que en mí haya sido más fuerte la cobardía que el amor. Yay nunca me entendió, aunque sabía escucharme y quererme. Salomé, yo no podía darme el lujo de derramar sobre mi apellido la sombra del tabú.

Soy, por desgracia, de la jodida estirpe de los Ilgrim.

No lo suficientemente purasangre como para llegar al trono, como ves, pero sí para tener que conservar todas las apariencias. No fui la Perla de Sonner, pero era el sobrino al cual había que apartar, costara lo que costase, del abismo de los marcados.

"Ésto me duele más a mí que a ti…". Así me dijo Sonner, Salomé, cada vez que su mano, armada con una fusta eléctrica, descendió a buscar mi carne, mis costillas, mis omóplatos. Todo en aquella noche en que tragué la rabia y la ira a cucharadas rápidas, cuando me llamó a su trono y me preguntó si era tabú. Claro que no, Salomé: nunca le dije nada a Yay, ¿cómo podía? Ya su mente estaba entonces desvariando, y su cuerpo recién mutilado no habría soportado la noticia. Pero Sonner Ilgrim lo hizo. Me golpeó. Me llamó marcado y sucio. Dijo que mis prácticas del placer eran deplorables, contra toda ley de la natura que conserva el equilibrio entra las cosas.

"Bien está el explorar cuando se es niño o púber, ¿quién no lo ha hecho? Yo lo hice, tu padre también. Incluso en una ocasión compartimos juntos lengua y lecho. Es natural, pero ya eres un hombre, y lo que era juego deja de serlo".

Me dijo así y yo, por supuesto, lo negué todo.

No me importaba que la corte hubiera escuchado el escándalo de Yay, o que me hubiera visto casi desnudo al golpearle para obligarlo a guardar nuestro secreto.

¿Qué otra cosa podía hacer, Salomé?

¿Qué hubieras hecho tú?

Probablemente lo mismo.

Cuando Sonner terminó de darme latigazos, mi piel estaba desgajada. Aun así no lloré. Soy un Ilgrim, tabú o no.

"No te llevarás a tu amante", me ordenó. "No te lo llevarás a Vilda".

Aunque en aquel exacto momento dije lo que Sonner quería escuchar de mis labios, hice que Yay me acompañara a la ciudad donde ejercería el oficio de Comendador, Portador del Cuño y Ojo de Rey, vigilante y espía del Emperador en las tierras donde su mano no es lo bastante larga.

Traje a Yay conmigo. Soy un Ilgrim, es cierto; pero mi vida es mía y no de Sonner. Que se quedara él con su bastardo, con su Perla

nacida de mujer esclava e impura.

Sí, Salomé, claro que amé a Yay.

No tienes que preguntármelo con los ojos.

Tenía que amarlo, y así lo hice durante años, aun cuando todo el placer había muerto entre nosotros. Una vez que llegamos a Vilda nada volvió a ser lo mismo. Quizás fuera en parte culpa mía, que veía con ojos heridos el cuerpo de Yay. Extrañaba su raíz, y mi boca cerniéndose sobre ella. Lo veía desnudo, y sólo quería llorar y abrazarlo como se hace con los niños enfermos… Con el tiempo dejé de buscarlo.

Lo convertí en mi mano derecha. Mi amigo. Mi consejero.

Pobre Yay.

Nunca me perdonó.

Solo una vez en todas aquellas décadas me atreví a ofrecerle placer. Sí, porque siempre era él quien buscaba mi éxtasis y mi satisfacción, ya fuera con la lengua o con los dedos lubricados: conocía bien ese arte. Pero, un día yo quise darle más. Quise ofrecerle la sombra del placer que le había mutilado con mi petición, tantos años atrás.

Fue solo una noche, Salomé.

Mi conciencia está tranquila, porque los Libros dicen que es tabú quien peca doble, y yo lo hice una única vez. Sí, eso mismo que piensas, mi cachorra: lo penetré. Le hice conocer el grosor de mi árbol. Lo sodomicé con la lengua. Lo único que recuerdo de toda aquella locura es que Yay lloraba agradecido, quería besarme las manos. Me llamaba por mi nombre una y otra vez. Como si solo esa palabra hubiera sobrevivido al apocalipsis.

¿Crees que una sola noche me convierte en tabú, Salomé, cachorra?

¿No te importa?

Claro que no te importa: estos juegos y rejuegos de los hombres no tienen mucho sentido para ti. Me escuchas solo porque me quieres. Porque te acaricio y te doy de comer las cosas que te gustan.

Sabes, cachorra: nada puedo negarte.

Me tienes en tus manos.

Ve, Salomé. Baila ahora para mí. Ve y complace el apetito de un viejo.

Muéstrate como sabes que quiero.

Dame lo que quiero.

Quítate los velos uno a uno.

Eso es, cachorra.

Déjame contemplarte como me gusta hacerlo. De la forma en que has sido diseñada para ser vista: desnuda. Si alguien me hubiera

dicho, unos ciclos atrás, que llegaría a mirar a criatura alguna como hoy te miro a ti, no le habría creído. No me avergüenzo de decirte que he deseado a escasas hembras. Todas me parecían demasiado débiles. O demasiado exuberantes. Incompletas. Siempre vi sus cuerpos como motas de polvo. A veces pensaba que mi peso podría destrozarlas. Contigo no siento ese temor de lastimar, porque eres fuerte: tus huesos son anchos, saludables, como los de un hombre… Has sido diseñada perfectamente a mi medida, Salomé.

¿Si todavía me duele haber expulsado a Yay de Vilda?

¿Quieres escuchar la verdad?

Pues sí, lo lamento. Aunque mi amor por él haya muerto hace tanto, estaba acostumbrado a extender mi mano y a que Yay estuviera cerca para estrecharla. En las malas y también en las buenas. Todos estos años han traído muchos momentos terribles… y pocos felices. Sobre todo al principio. Cuando llegué a esta ciudad que, según mi tío Ilgrim, era una de sus "joyas más preciadas", "un regalo para un príncipe", solo encontré un puerto espacial menos destruido que el resto de las urbes de tercera, y una guerra entre castas de mercamentistas que ya llevaba en pie varias décadas.

Como no me gusta la anarquía, y no estoy acostumbrado a que una cabeza se alce más que la mía cuando la sangre que le corre por las venas no posee la pureza Ilgrim, tuve que jugar a ser el mal Comendador.

La mano derecha del Imperio: que trae el cuño y también la muerte.

A algunos de los líderes de los mercamentistas los pasé por la ley de la espada. Eran los menos importantes, los muertos que el pueblo podía perdonarme. Al Maese Tamerέw, la más vieja e inteligente rata de todo aquel basurero, tuve que dejarlo vivir, e incluso escribir una carta de mi puño y letra -en nombre de los Ilgrim- en la que indultaba todos sus anteriores desvaríos.

En otras palabras, ayudé a que se convirtiera en dios: el dios silencioso de los mercamentistas que no inclinó jamás la cabeza ante mí, aunque el protocolo lo exigía.

Siempre deseé cortar esa cabeza; aunque por años contuve mi deseo. La culpa es de Yay. Siempre fue más inteligente, Salomé. Tuvo mucho más tiempo que yo para estudiar las artes de la mente. Esa muerte que evitó por tanto tiempo le puso freno también al impulso loco de los mercamentistas por crear a un mártir al cual adorar.

Claro que extraño a Yay.

Casi me era imprescindible.

No. No me mires así, cachorra.

Nunca más que tú.

A veces, Salomé… A veces me preguntó qué eres.

¿Un animal? No lo creo: tienes ojos de saber cosas que en mi ignorancia me parecen gigantes. Por eso, no me importa que ese tal Bautista venga a acusarme con esas palabras sonrientes que utiliza: zoofilia, tabú, tabú… Como si no las hubiera escuchado antes. Te amaré, y el pequeño bastardo de Sonner tendrá que morderse su lengua de serpiente si no quiere arrancársela de un solo mordisco.

La culpa es de Sonner, cachorra, por haberlo traído aquí.

Me opuse. Claro que me opuse, como si eso pudiera hacer cambiar las ideas del Emperador. Cuando me llamó a la corte ya había tomado una decisión. A mí sólo me quedaba -como siempre- bajar la cabeza y asentir.

Pregunté, por supuesto, por qué alejaban a la Perla de la corte… ya que era tan amado. Esperaba que alguien me dijera que el viejo Sonner había logrado, finalmente, sembrar una semilla legítima en el vientre de una de sus esposas o concubinas, aun cuando una voz dentro de mí me decía que era imposible: los peces de Sonner han envejecido junto a él y ya no coletean dentro del vientre de sus mujeres. Toda la vida dentro del Emperador lleva décadas muerta. Lo cierto es que su capacidad como sembrador nunca fue demasiado buena, ni siquiera cuando era joven. Me consta que visitaba las camas de sus esposas y concubinas casi todos los días, sin dar por eso el fruto deseado.

Sonner ama tanto a ese fruto podrido de Arrlen Ilgrim, llamado ahora el Bautista, porque es el único de sus peces que nadó lejos de la muerte.

Pero no, Salomé. Mis deseos de una venganza tardía, que depondría de su derecho al trono a ese Ilgrim fanático religioso, se me escaparon de entre los dedos cuando ya me disponía a cerrarlos.

Una mierda mi sueño.

La explicación de mi tío fue simple: los apetitos de un joven. El Bautista piensa que el estado de la vida eterna que promete en nombre de un dios desconocido debe alcanzarse mediante el placer. Dicen que Arrlen solía bautizar a sus seguidores ya no con el agua común, sino con el agua de su raíz imperial. No puedo dejar de imaginarme aquello sin sonreír: ¡mucho bautismo nos espera de la mano y el gobierno de este nuevo Ilgrim cuando lleve la corona!

Así, mi primo anda por los caminos del Imperio “bautizando” a sus acólitos, y llenando de un poco más de barro el apellido ya tan sucio de los Ilgrim.

Sonner me contó que había entablado un duelo con un padre o un esposo despechado, y que sólo el destino pudo apartar la bala de neomicrón que estaba dirigida al pecho de Arrlen. Aun así, la herida

en el brazo se convirtió en una tumefacción azul que, por días, pareció ser el Mal de Nake o la gangrena. Los medcs lo libraron milagrosamente de una amputación que ya parecía segura.

Por eso, era preciso apartar de la corte a Arrlen la Perla: "Te lo pido: protégelo", fueron las palabras exactas de mi tío.

Hasta aquí llega la historia, y es una lástima que Sonner no me haya dicho más porque soy un curioso irreformable.

Luego supe -créditos de por medio que salieron de mi bolsillo para alimentar las lenguas y oídos de mis servidores en la corte- que la historia de Arrlen fue mucho más sórdida. Me han dicho que no sólo bautizaba a las hembras de su pequeño séquito de fanáticos, sino también a los hombres -tenía predilección por los efebos- y, en al menos tres ocasiones probadas, decidió ofrecerle la vida eterna a dos serpes de Tau Erena.

Eso último hizo estallar la paciencia de mi tío Sonner: su Perla había llegado demasiado lejos.

¿Serpes de Tau Erena? ¿Aquellos animalitos cuya inteligencia apenas le alcanzaba para pronunciar en media lengua las palabras de los hombres? ¿Aquellas criaturas que eran traídas de Tau en los grandes buques esclavistas, y que luego eran rediseñadas en la Forjas para que sus cuerpos de babosas pudieran soportar la gravedad?

Mi exótico primo…

Supe también que el mal que casi destruye la diestra de Arrlen no fue provocado por los disparos de una bala neomicrón, sino por la mordida de una de aquellas serpes. Al parecer, la criatura decidió rechazar el agua bautismal de Arrlen. Por supuesto, fue masacrada por la escolta imperial unos segundos después del ataque, a pesar de todas las protestas de la Perla que convulsionaba, sometido por el delirio del veneno, en medio de un charco de su propio vómito y orine.

Creo que mi tío lo mandó a Vilda en una especie de destierro preventivo.

Quizás lo hizo porque las leyes de mi ciudad prohíben a los pecios que descarguen en tierra firme si han declarado con anterioridad la presencia de serpes a bordo… o tal vez creyó que dos hombres marcados por el tabú -o al menos por la duda- sabrían entenderse perfectamente.

Sonner nunca fue demasiado inteligente.

Su Perla y yo sólo tenemos en común la marca del pecado, y nada más.

Hemos disfrutado del placer que concede lo oculto y lo oscuro.

Hemos amado lo incorrecto.

Nos odiamos.

Nuestra sangre Ilgrim lucha una contra la otra. Él sabe que su

nacimiento fue la carta que me alejó para siempre del juego de los tronos. Además, ahora soy su carcelero. Su vigilante. Su ostra.

Evitamos hablarnos si podemos.

Si no, nos escupimos insultos.

Arrlen la Perla ha hecho su voluntad. Aun con la sombra del tabú sobre sus hombros, es el hijo del rey y el trono del Imperio está diseñado a su medida. Lo que en Sonner es ausencia de inteligencia, es locura en su hijo. Tiene esa chispa en los ojos que solo los dementes poseen. No respeta demasiado a la vida: "¿Para qué?", me dice, "Éste es solo un reino más de hombres y mi tiempo en él es tan corto…".

Desde su llegada a Vilda ha hecho su voluntad.

Y yo he vuelto a inclinar la cabeza, Salomé. ¿Qué más puedo hacer?

Intento vigilarlo desde lejos, sigo prohibiendo las llegadas de pecios que hayan comerciado con los esclavistas de Tau Erena, y le exijo a la Perla que al menos una vez al mes se presente en la corte.

Él lo hace, pero no por obediencia, cachorra mía, sino para molestarme.

Es una costumbre maldita que tiene, sobre todo desde que estás aquí.

Conmigo.

Dice que me vuelves loco. Que ya no soy Comendador, porque el sello de su padre tiembla en mis manos. Que Vilda es gobernada por un eunuco. Que eres una bestia peligrosa.

Lo odio, Salomé. La gente de Vilda es estúpida y no necesita a un buen gobernante, sino a un payaso como Arrlen que les de circo, pan y diga esas palabritas lindas de la vida eterna. A él lo aman incluso los mercamentistas, esos hijos de puta que no creen ni en los dioses.

Ven, cachorrita.

Tú haces que los malos pensamientos se vayan.

Vuelve a bailar para mí.

Pídeme lo que quieras: no puedo negarte nada.

Eres la primera criatura a quien me he atrevido a amar en mucho tiempo.

Compláceme, Salomé.

Dame lo que quiero.

¿Sabes? Al principio, cuando no estaba acostumbrado a verte, me causabas un poco de miedo. Ahora me parece ilógico, la manía de un viejo estúpido que tiembla incluso ante su propia sombra. Te veía comer, con ese apetito gigante que tienes, y sentía temor de que luego quisieras continuar conmigo si tu hambre no se saciaba. Lo sé. Es estúpido, Salomé. Pero, a pesar de mi miedo, también me excitaba al observarte masticar la carne y el hueso de las bestias que mis

sirvientes cazaban para ti: el sonido de la deglución, la baba de tu apetito que bajaba de tu boca y te embarraba hasta los pechos, las goticas de sangre de la carne cruda cuando mordías… Recuerdo también el día en que llegaste a mi palacio, amarrada como un animal por aquellos soldados que mandé en tu búsqueda.

Te acaricié. Me dabas lástima. Tenías ojos de criatura hambrienta e hice traer para ti el alimento cocinado: lo rechazaste, con un grito de rabia. Tardé horas en comprender lo que te molestaba, cachorra, y desde entonces comiste todo crudo y comenzaste a parecerme tan hermosa.

Hubiera querido llamarte por otro nombre.

Pero nunca respondías.

"SA…LO…MÉ…".

Nunca he sido demasiado despierto: también tardé en descubrir que así querías ser llamada.

Que se haga tu voluntad, cachorra mía, Salomé.

No hablaré más: estos desvaríos de viejo son a causa del cansancio. He pensado mucho en la guerra, y en ese tal Bautista que no me deja pegar un ojo desde hace noches.

Cuánto lamento la ausencia de Yay. De sus consejos.

Consuélame, Salomé. Estoy tan solo.

Quítate los velos. Déjame verte desnuda y hermosa.

Pídeme lo que quieras.

Pide.

Cachorra…

¿Es realmente eso lo que quieres?

¿Eso?

Sí, sé que has leído dentro de mí y conoces todo lo oscuro que escondo: los deseos que nunca me atreví a pronunciar en voz alta.

Pero no puedo fingir que soy dios. La mano de Sonner Ilgrim está siempre sobre mi cabeza y eso… eso que me pides… es demasiado… ¡Salomé!

No, no te marches.

Quédate, cachorra.

Cruel. Eres cruel.

¿Por qué no me perdonas esa pequeña cobardía mía, ese deseo que no me atrevo a cumplir?

Sonner está en el medio… y si por un lado deseo hundir en su cuello una lanza que lo haga sangrar como a una bestia, por otro lado es mi tío y mi Emperador.

Quédate, cachorra. Estoy triste y solo.

Baila para mí y mata mis deseos.

¿No?

¿Huyes?

¿No te parezco lo suficientemente bueno?

Ah, Salomé: tus deseos van a resultarme caros.

Ya no sólo será la guerra, sino el caos y la destrucción de todo lo que conocía como mío.

Pero me eres demasiado imprescindible, cachorra.

Al final solo soy un viejo.

Te la daré.

Si realmente es tu voluntad.

Te entrego a la Perla y a su ostra, para que las mastiques a ambas con un solo movimiento. Al fin y al cabo, mi labor como Ojo de Rey no podía durar para siempre.

Bien, ahora baila para mí.

Baila, cachorra.

Y que luego se haga lo que quieres.

ARRLEN “LA PERLA” ILGRIM

El Bautista.
Profeta del Imperio.
Hijo Bastardo de Sonner II Ilgrim.

¿Hay algo peor que un Ilgrim traidor?

Sí.

Su nombre es Ero Antipas.

Se hacía llamar el Ojo de mi padre, pero al parecer ha visto demasiado y ha decidido que yo, en libertad, soy mucho más peligroso que yo, empotrado entre las cuatro paredes de su cárcel.

Ahora que estoy encerrado en esta jaula, y que toda ayuda parece estar a pársecs de distancia de mí, me siento extrañamente tranquilo.

Antes no.

Cuando los soldados de Ero vinieron a buscarme en silencio -escondidos en el medio de la noche como los perros rabiosos que son-, llegué a sentir pánico por un momento. Fueron mis dos escudos humanos -mercamentistas ellos, Hijos de Tamerέw- los primeros en notar el movimiento extraño entre los hombres que me rodeaban a orillas del río. Era la noche de ofrecer el bautismo, y yo les imponía a todos las manos sobre la cabeza. Los llamaba benditos por el agua. Entre ellos estaban escondidos los traidores, y me atacaron.

Fue el caos.

Como predico sin armas, la carnicería pareció cosa simple para los guerreros de Ero. Mis mercamentistas, que guardaban bots venenosos con las panzas rellenas de micrón, los hicieron volar por el aire con un zumbido compacto de insectos. Es una lástima, pero los bots están diseñados para atacar sin hacer diferencias entre amigos y enemigos… así que hicieron blanco indiscriminado en la masa de gente que corría por las orillas del río. Los vi caer, y solo tuve tiempo para pedir merced por sus almas al Dios que viene después de mí.

Luego me atraparon, y lo siguiente que sé es esto: la Jaula es mi nuevo hogar por decreto del Comendador y Ojo de la ciudad de Vilda.

O sea, mi adorado primo Ero Antipas.

En todos estos años en que decidí tomar el camino no siempre recto del bautismo, muchos me han creído loco. Entre ellos mi padre, que llegó a decirme que la corona de los Ilgrim se bambolearía como el gorro de un payaso sobre mi cabeza. Igual no tiene muchas opciones: soy su única semilla. Por lo tanto, el por ciento de mi sangre que es Ilgrim tiene el derecho a reclamar el trono.

Loco me llamaron, pero nunca nadie me dijo que era peligroso.

Ero fue el primero.

"Tus manías de Bautista nos llevarán a todos al caos", recuerdo que me espetó una vez en que me atreví a escupirle la naturaleza de su criatura.

La llaman Salomé, que es el nombre de una hembra humana… como si esa cosa fuera digna de llevarlo.

Debo reconocer que mi curiosidad ha sido grande durante todos estos meses. He deseado ver a esa bestia que ha logrado que los ojos de mi primo se fijen solo en Ella.

Debe ser única.

También exótica, porque Ero nunca se conforma con el placer simple de la carne. Ya desde sus años en la corte venía arrastrando la sombra del tabú. Todos recuerdan su historia con el eunuco. En mi adolescencia, era una broma usual entre los jóvenes decir: "No ames mucho a tu hermano, o te pasará como a Yayne y Ero. Lo próximo que sabrás es que alguien te ha cortado las bolas…".

Cuando joven, me reía como todos de aquella broma común.

Luego, dejé de verle la gracia, porque tuve apetitos distintos.

Todo cambió cuando escuché por primera vez las palabras de mi Dios: "Verás cosas terribles, tú que andarás a dos pasos antes que yo". Los medcs que me recogieron del suelo -había convulsionado hasta hacerme sangre en la boca- dijeron que quizás mi carne estuviera envenenada. Pronunciaron miles de excusas y, como salida triunfal, hablaron de la locura. Pero lo cierto es que he seguido viendo a mi Dios, y Él me ha dicho que mi camino es el Bautismo.

Que debo amar a cada cosa viviente.

Por eso amé también a las serpes de Tau Erena, y dejé que me brindaran su carne y sus palabras en media lengua.

¿Quién soy para hacer lo contrario de lo que mi Dios me pide?

Desde que llegué a la Jaula comencé a comprender -primero muy lentamente, ahora casi a velocidades de la luz- que Ero y yo hemos sido siempre rivales en silencio. Mi nacimiento debe haber sido para él cosa bastante terrible. Ahora, le ha llegado el tiempo de la venganza, si antes mis Hijos de Tamerέw no toman acciones que me liberen, o al menos presionen lo suficiente la entrepierna de Ero como para que se dé tiempo a pensar sus decisiones.

No olvido que soy la Perla de los Ilgrim.

El Bautista de los Hijos de Tamerέw.

El muy amado del pueblo de Vilda.

Ciertamente, soy peligroso para Ero. Quizás me haya convertido en la espina entre sus dedos, más ahora que me encuentro encerrado aquí, y mi gente allá afuera pensando tantas cosas.

* * *

Suenan las rejas de la Jaula. Me levanto instintivamente.

Una sombra penetra en el espacio reducido de mi cárcel.

—¿Quién eres? —pregunto, por primera vez descubro mi ingenuidad y lo indefenso que estoy sin armas ante un potencial sicario.

No tengo respuesta.

—¿Qué coño quieres de mí?

Un murmullo me alcanza desde el otro lado del cuarto.

—¡Sal a la luz!

La sombra me obedece.

Lo que creí era el cuerpo de un hombre -su silueta me había engañado- se arrastra hacia mí con un silabeo de serpiente. Sólo la cara es de mujer, ¡tan hermosa! Me recuerda el rostro de las criaturas de Tau, pero los rasgos de esta son netamente humanoides y no tiene las escamas ni las protuberancias tentaculares que cuelgan de las frentes de las serpes de Erena.

Dios.

Dios mío.

Mientras más la contemplo, más bella se convierte.

Dios, ¿cómo has permitido que tanta hermosura se junte en un solo cuerpo, hasta el punto de que parece aberrante?

Quiero apartar los ojos de Ella, pero no puedo.

Me obliga a seguir mirando.

—¿Quién eres? —balbuceo apenas.

—Sa… lo…mé…

Me niego a creer que Ella es la bestia de Ero.

—¿Para qué te han enviado?

No hay respuesta.

Comienza a acercase a mí.

Dios.

Dios.

Tú me dijiste que vería cosas terribles, pero no me alertaste lo suficiente.

No me hablaste de Ella.
Dios. Sálvame.
No dejes que sus ideas sigan penetrando mi cabeza.
No dejes que mi cabeza se incline, y sus dientes…
No.

TESTIMONIO I

Registro sonoro: celda del Bautista, cuadrícula Este.
Voz de Arrlen "La Perla" Ilgrim.
Hora 16:30.

¡Padre, Dios!
¡ALÉJATE, MONSTRUO!

TESTIMONIO II

Registro gráfico y sonoro: aposentos de Ero Antipas Ilgrim.
Voz de Ero Antipas.
Figura 1: Ero Antipas. Figura 2: Sujeto Indefinido.
Hora 17:10.

Cachorra mía: me trajiste la cabeza.

Cachorra, ¿cómo sabías que iba a excitarme al ver la sangre de la Perla?

Eres única. Tú eres mi Perla.

¿Aún tienes hambre, chiquita?

Ve. Ve y come.

En las calles hay miles de presas. Gente impura que me amenaza.

Déjame la cabeza aquí: es hora de una conversación entre primos.

Ve y caza, cachorra.

Y luego regresa.

Conmigo.

Este es tu lugar, Salomé.

TESTIMONIO III

Registro gráfico.
Grabación en bitácora: Fuerzas del Orden Imperial.
Día seis de la Tercera Guerra Civil Mercamentista.
Día tres de la Intervención Imperial a la provincia de Vilda.

Cuando encontramos el cuerpo del Comendador, ya teníamos poco o nada que hacer por él. Sus signos vitales eran casi nulos, apenas unos latidos del corazón que los medcs no supieron reanimar. No había comido ni bebido en días.

Recogimos un cadáver.

A su lado, estaba la cabeza decapitada del heredero Arrlen Ilgrim. Se procede de inmediato a guardarla en los óleos y aceites de los medcs, con la esperanza de que las bacterias de la descomposición puedan ser detenidas por al menos una semana. Justo a los pies del Comendador se encuentra una criatura femenina de edad indefinida. Hemos intentando el diálogo con ella en cinco ondas lingüísticas, pero no parece conocer idioma alguno. Nos preguntamos si no es un vegetal humano. Recibe todos los estímulos auditivos y táctiles, pero no se comunica con nosotros.

Informe: el diálogo con los Hijos de Tamerέw ha resultado, hasta hoy, imposible.

Las calles son un hervidero de bots venenosos.

Es imprescindible salir resguardado por exoesqueletos, bajo la amenaza de muerte por enfermedad de Nake contagiada por la picadura de bots.

Esperamos órdenes.

TESTIMONIO IV

Grabación en bitácora: Fuerzas del Orden Imperial.
Día siete de la Tercera Guerra Civil Mercamentista.
Día cuatro de la Intervención Imperial a la provincia de Vilda.

La criatura que acompañaba a los cadáveres de la Perla y el Comendador Ero ha escapado esta mañana.

Decidimos trasladarla para su mayor protección y análisis a una instalación militar temporal que habíamos establecido en el puerto de Vilda. Fue escoltada por seis soldados de primera categoría, en un vehículo blindado.

Ni la criatura ni los soldados llegaron nunca.

No aparecen cadáveres, desechos humanos ni huella alguna de una posible localización.

Se procede a la búsqueda y captura.

Resultados insatisfactorios.

FIMBRÁ

Campesina.

Yo no había conocido amor, yija los dioses.
No tuve niño. Mi panza era cosa pudría.
Fue entonces que la vi.
A ruedas de la ciudad. Mala cosa digo. Guerra es terrible.
Venía toa picá por los bots.
Deseo tuve de abrazarla y protegerla, pobrecita Ella.
Na má que una niñita y ver tanto horró como hay en mundo.
Le pregunté su nombre:
—Salomé —dijo.
Y la llevé a casa.

LA POLLERA